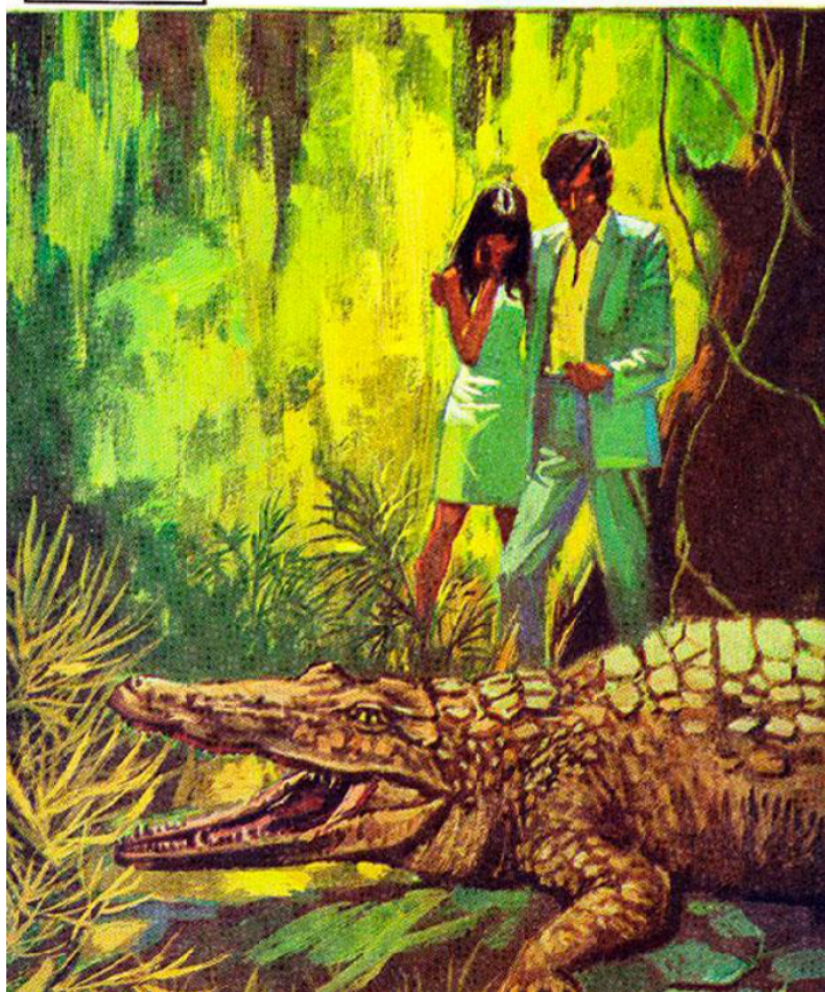




# la granja del diablo

clark carrados





COLECCION

---

# PUNTO ROJO







CLARK CARRADOS

## **LA GRANJA DEL DIABLO**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 383

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO





Déposito legal: B 24.459 - 1969

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: agosto, 1969

© CLARK CARRADOS - 1969  
sobre la parte literaria

© JORGE SAMPER - 1969  
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor  
de Editorial Bruguera, S.A.  
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**  
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969





Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.





**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR  
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

1122 — La senda de la venganza.

En Colección SERVICIO SECRETO:

973 — El fiscal y la ladrona.

En Colección BUFALO:

810 — El hombre del brazo largo.

En Colección CALIFORNIA:

597 — Escuadrón de fantasmas.

En Colección COLORADO:

538 — El orgullo del diablo.

En Colección KANSAS:

579 — Cumplió su promesa

En Colección BRAVO OESTE:

373 — La marca borrada

En Colección PUNTO ROJO:

376 — ¡Paga o muere!

En Colección SALVAJE TEXAS:

694 — El rancho vacío.

En Colección ASES DEL OESTE:

453 — Se vende una pistola.

En Colección ENVIADO SECRETO:

94 — Yo soy mi doble.



## CAPÍTULO PRIMERO

Cuando detuvo el automóvil, se sintió envuelto en una húmeda y sofocante oleada de vapor. Allen P. Frederick había estado en muchos sitios cálidos y húmedos, pero no creía que ninguno pudiera superar a Washakee.

Era un pueblo pequeño. La influencia de los pantanos cercanos era fácilmente identificable. Por encima de las casas, bajas, chatas, casi todas de un solo piso, se veían las copas de los árboles, principalmente cipreses de la Florida y sauces.

Frederick había parado frente a una casa de pintura desconchada por muchos sitios, sobre el dintel de cuya puerta se veía un pomposo rótulo en el que se anunciaban bebidas y refrescos. Frederick quería, además, saber algunas otras cosas.

La taberna estaba separada del suelo por una veranda, a la que se accedía por una escalera de tres peldaños. Sintiéndole el sudor correr en gruesas gotas por cara y cuello, Frederick subió la escalera y entró en la taberna.

Había cuatro o cinco tipos sentados en torno a una mesa, jugando a las cartas. Frederick no vio dinero. Los hombres vestían desastrosamente, tenían barbas de varios días y olían a sudor.

Frederick los catalogó inmediatamente en la categoría de blancos pobres, demasiado orgullosos para trabajar en empleos que sólo un negro aceptaría, fanfarroneando continuamente acerca del color de su piel, pero incapaces de salir de la miseria en que vivían.

Entre los jugadores había uno de enorme corpulencia y cara de idiota. Frederick hizo un gesto de asco; el tipo babeaba. Se divertía como los demás, imaginando que eran miles de dólares los que iban en aquellas apuestas de *póker*. En conjunto, ninguno reunía arriba de un dólar.

Se acercó al mostrador. Un grueso tabernero, con manchas húmedas bajo los sobacos, le preguntó qué quería beber.

—Cerveza, si la hay fresca —contestó Frederick.

—Tengo cerveza fresca —contestó el tabernero, ofendido por las dudas de su cliente.

—Veámoslo —sonrió el recién llegado.

La humedad empañaba el vaso. El tabernero no había mentido. Frederick encontró la cerveza bastante agradable.

—Forastero, ¿verdad? —dijo el tabernero—. Me llamo Dorty Flynn. Frederick tomó otro sorbo de cerveza.

—Sí, —contestó—. Soy forastero. Me llamo Allen Frederick y estoy buscando un lugar llamado *Farm*.

*Ellad's*

Los jugadores suspendieron su partida inmediatamente. Frederick se preguntó qué podía haberles ocurrido.

El gigante idiota se levantó de pronto y se dirigió a grandes trancos hacia la calle. Frederick empezó a ponerse en guardia.

No era conocido en Washakee. Por tanto, no era de temer que le ocurriese nada malo. Pero la súbita salida del hércules con cara de imbécil le puso en guardia.

Estaba en Washakee para saber qué le había ocurrido a un amigo suyo. Lo malo era que el amigo, a su vez, había ido a investigar la desaparición de su hermana.

De ninguno de los dos había noticias. Respecto de la hermana, Frederick no tenía la menor esperanza. Su desaparición había ocurrido veinticinco años antes.

En cuanto al hermano, su amigo, había desaparecido hacía sólo pocos meses; probablemente, no llegaban a cuatro.

Pero desde su llegada a Washakee, en que había enviado una tarjeta postal, con una vista de los pantanos de la Florida, no se había vuelto a saber de él. Todas las pesquisas realizadas hasta el presente no habían tenido el menor resultado.

Terminó la cerveza.

—Buena —alabó lacónicamente, a la vez que depositaba medio dólar sobre el mostrador—. Señor Flynn, antes hablé de *Farm*

*Ellad's*

y usted no me ha dicho todavía en dónde está.

—¿Para qué quieres saber dónde está *Farm*

*Ellad's*

, forastero? La voz procedía de la puerta. Frederick se volvió.

Había un hombre apoyado en una de las jambas. Vestía una desteñida camisa caqui, pantalones del mismo color, con rodilleras grasientas, botas negras y un revólver al costado derecho. Su pecho parecía casi femenino, a causa de las adiposidades que enlazaban con un vientre prominente, repleto de grasa. Colgando del bolsillo izquierdo se veía una oxidada estrella de metal.

—Me interesan los productos que allí se elaboran, comisario —respondió Frederick cortésmente.

—¿Hombre de negocios? —preguntó el comisario.

—Admitámoslo —sonrió Frederick—. Si veo algo que me agrade, haré un buen pedido. Tengo entendido que los productos de *Farm*

*Ellad's*

son únicos en el país.

—Me llamo Stanford —dijo el hombre de la estrella—. ¿Va a estar muchos días en Washakee?

—Depende.

—Puntualice, Frederick.

—¡Qué pronto se ha enterado usted de mi nombre, comisario! Serví un par de años en Información Militar. Eramos buenos, pero no le ganaríamos a usted ni de lejos.

—Mi obligación consiste en controlar a todas las personas que accidental o habitualmente residen en Washakee —respondió Stanford—. ¿Cuántos días?

Frederick hizo un gesto ambiguo.

—Tres, cuatro... quién sabe —contestó.

El tono de Stanford continuaba siendo hostil.

—Bien —dijo al cabo—, haga sus negocios y váyase de Washakee. *Farms*

*Ellad's*

está siete kilómetros hacia el Sudoeste. Tiene camino particular, así que no puede perderse.

—Gracias, comisario.

Frederick se tocó con dos dedos el ala del sombrero blanco que usaba. Avanzó hacia la puerta, pero cuando se disponía a salir, Stanford se despegó de la jamba y puso una mano en su pecho.

—Aguarde —dijo.

Frederick miró al hombre de hito en hito. La mano del alguacil

penetró en el interior de su chaqueta y extrajo un revólver corto de calibre 38.

—Pídamelo en el momento de marcharse, Frederick. El forastero no se inmutó.

Stanford era un hombre listo, muy listo, a pesar de su aspecto inocuo. Era un policía de pueblo, pero, al menos para el contorno ambiental en que se movía, resultaba un sujeto de inteligencia poco común.

—Los caminos no son muy seguros —sonrió Frederick—. A veces, ya se sabe, hay quien practica el auto *stop* y luego resulta ser un bandido. En mi profesión, yendo de un sitio para otro, conviene ser precavido.

—Entiendo —contestó Stanford—. No olvide mis consejos.

Frederick asintió. Salió de la taberna y entonces vio al pueblerino gigante hurgando en los mandos de su automóvil con gestos de gran complacencia.

Descendió de la acera y se acodó en la portezuela del coche.

—¿Le gusta, amigo? —preguntó.

El gigante se volvió y le miró con sonrisa idiota.

—No, no me gusta —contestó, espurreando saliva a cada sílaba. Frederick se irguió, dominando el asco que sentía.

—Bien, entonces, bájese —invitó con la mejor de sus sonrisas.

—Este auto no me gusta —insistió el tonto—. Y, de súbito, apoyando ambas manos en los lados del volante, empujó hacia abajo.

El volante se curvó en forma de silla de montar. Luego, el idiota le miró con amplia sonrisa, satisfecho de su hazaña.

—¡Je, je! —Babeó.

Frederick dominó la ira que sentía. Detrás de él se oyeron varias risotadas.

El idiota aumentó la estridencia de sus risas. Le complacía ser objeto de la atención general.

Frederick dio la vuelta al coche y abrió la portezuela.

—Bájese, por favor.

—¿Y si no quiero?

El forastero apretó los labios. Stanford estaba en la veranda de la taberna, contemplando la escena tranquilamente, sin ánimos de

intervenir. Frederick se dio cuenta de que el comisario pensaba dejar al idiota que actuase a su gusto.

—Yo que usted —dijo Frederick calmadamente—, me bajaría en el acto. Así evitaría el peligro de que ese escorpión que hay en el asiento me picase en el muslo.

El tonto se lanzó fuera, emitiendo un rugido de pánico. Sin saber cómo, tropezó con la pierna extendida de Frederick y cayó al suelo cuan largo era.

Un coche frenó súbitamente a pocos pasos de distancia. Frederick lanzó una rápida mirada a su ocupante. Era una encantadora joven rubia, pero el forastero no tuvo tiempo de seguir mirándola.

—Voy a tener que darle una lección —gruñó el idiota.

Y se arrojó contra el forastero.

En apariencia, Frederick era de mediana estatura. Las holgadas ropas veraniegas que vestía disimulaban la fortaleza de sus músculos, cultivados por una vida de continuo ejercicio físico. Su adversario era fuerte, pero por volumen, no por entrenamiento gimnástico.

Los pueblerinos disfrutaban con la pelea. La conductora del coche contempló la escena desde su puesto, súbitamente interesada en lo que ocurría a cuatro pasos de ella.

El gigante trató de abrazar a Frederick, pero sus brazos se cerraron en el vacío. Alguien le golpeó rudamente en las posaderas.

—Estoy aquí —dijo el forastero.

Se oyó un rugido de rabia. Las risas de satisfacción habían sido sustituidas por caras de ansiedad.

El idiota se volvió. Un puño le machacó los labios.

Otro le golpeó en la ingle, más abajo del ombligo. Los filos de dos manos, rápida y contundentemente, le golpearon a ambos lados del cuello, bajo las orejas. Unos nudillos se hundieron en su grasienta faringe.

El tonto emitía unos rugidos indescriptibles. Movía los brazos continuamente, pero no conseguía conectar un solo golpe.

Ahora, en vez de saliva, espurreaba sangre. Frederick continuó hostigándole. En aquella mole humana, estaba dando una lección a los paletos que habían esperado divertirse viéndole con los huesos machacados.

Repitió una serie de golpes, recorriendo los puntos más dolorosos de la anatomía de su adversario. Al fin, harto, fingió detener su ataque.

El idiota se abalanzó sobre él, con la cabeza gacha, mugiendo como un búfalo enloquecido. Frederick lo esperó a pie firme.

En el último instante, hizo un quiebro y dio un paso hacia atrás. Al mismo tiempo, agarraba con ambas manos uno de los brazos de su antagonista.

Ayudó con todas sus fuerzas al movimiento del idiota. El resultado fue que el gigante se abalanzó contra el automóvil de la rubia con todas sus fuerzas.

Se oyó un fuerte «¡*crack!*!». Las piernas del idiota se estiraron y luego se quedó quieto sobre el polvo.

Frederick lo agarró por los pies y lo arrastró a un lado de la calle. Recogió su sombrero, caído durante la pelea, y dirigió una brillante sonrisa a la chica del automóvil.

—Ya tiene el paso libre, señorita —dijo. Ella le miró, sonriéndole amistosamente.

—¿De veras cree que puede continuar?

Frederick volvió los ojos hacia la parrilla frontal del coche, abollada por el impacto de la cabeza del idiota. No era una avería de importancia.

—Los aceros de Detroit son más duros que las cabezas humanas de Washakee —respondió.

—En ese caso, muchas gracias.

Ella arrancó raudamente y abandonó el lugar de la pelea. Al volverse, Frederick se vio frente al comisario.

—Recuerde lo que le he dicho —murmuró Stanford—. Márchese de Washakee cuanto antes.

Frederick contempló pensativamente al hombre que tenía frente a sí. «Mal enemigo», pensó.

Luego dirigió la vista hacia la taberna. Los pueblerinos, y también Flynn, estaban en la veranda. ¿Por qué le miraban tanto?

De pronto, recordó el volante curvado. Sonrió para sus adentros.

Aquellos tipos necesitaban una nueva demostración. Sentóse en el puesto del conductor, puso ambas manos sobre el aro del volante, se llenó los pulmones de aire y tiró hacia arriba.

Más de una mandíbula inferior se aflojó, cuando el volante

quedó completamente normal. Segundos más tarde, Frederick dio el contacto y arrancó en dirección a *Farm*.

*Ellad's*

Pronto encontró una flecha indicadora que le señaló el camino deseado. Mientras rodaba, entre cipreses, álamos y sauces llorones, se preguntó si su amigo habría terminado siendo pasto de los caimanes.

Porque *Farm*

*Ellad's*

no era una granja corriente, donde se criaban gallinas y pollos, sino una granja donde había miles y miles de caimanes, criados semiartificialmente, con un estudiado control, para obtener de sus pieles, artículos para las damas, tales como carteras, bolsos y zapatos.

Y los caimanes, pese a su alimentación artificial y controlada, seguían siendo esencialmente carnívoros.

La posibilidad de que su amigo hubiese acabado repartido en los estómagos de unos cuantos, de aquellos saurios no era, pues, tan descabellada como parecía.

Luego recordó la acogida de que había sido objeto. Un vago presentimiento le dijo que su presencia en Washakee no era recibida con agrado.

¿Por qué?

Apretó los labios. Evidentemente, había alguien a quien no convenía se investigase la desaparición de su amigo Freddie Mullinois.

## CAPÍTULO II

Una gran puerta, que era el nexo de unión entre dos sectores de valla alambrada, le cerró el paso. Sobre el dintel en arco de la puerta, construida en tubo de acero, vio un gran rótulo:

ELLAD'S

FARM. Debajo el nombre del propietario, Morbihan K. Ellad.

Un enorme caimán disecado, de más de cuatro metros de longitud, pendía del arqueado dintel. En vida, moviéndose, debía de haber sido una visión espantable.

La puerta estaba cerrada. Tocó la bocina.

Un hombre surgió de repente al otro lado, ataviado con ropas semínolas. Su frente estaba ceñida por una delgada cinta multicolor. Sobre la pechera de su camisa de ante, llevaba una especie de insignia de metal, con el nombre de la granja en esmaltes. Pendiente del costado derecho llevaba un revólver en funda con tapa.

—¿Qué desea, señor? —preguntó el indio cortésmente.

—Me llamo Allen P. Frederick —respondió el forastero—. Deseo hablar con el señor Ellad. Soy comprador de los artículos que aquí se producen.

—Un momento, señor; voy a anunciar su visita al señor Ellad...

—No es necesario, Tago —dijo en aquel momento una voz femenina—. Déjele pasar.

—Bien, señorita Sonia.

Frederick y la rubia del automóvil se miraron, separados por la valla metálica. Ella vestía ahora una blusa sin mangas, que encerraba un busto de proporciones perfectas, y unos pantaloncitos muy cortos, tanto, que casi parecían la parte inferior de un traje de baño. Las piernas eran de lo mejorcito que había visto en su vida.

El semínola abrió la puerta. Frederick avanzó lentamente.

—Yo le acompañaré, señor Frederick. —Ella se sentó

desenvueltamente al lado del forastero—. Me llamo Sonia Webtree —se presentó.

—Encantado, señorita Webtree.

—Llámeme Sonia, simplemente. Una buena pelea, Allen.

—¿La vio usted?

—No me perdí detalle. En confianza, le diré que me alegro de que le haya pegado una paliza a aquel bestia de Endimion. Es menos idiota de lo que parece, ¿sabe?

—Ya he podido darme cuenta de ello. Quiso burlarse de mí.

—Y usted le dio una lección... ¡Oiga! —exclamó Sonia de repente—. El volante está enderezado.

—Sí —contestó Frederick simplemente. Sonia realizó una profunda inspiración.

—Ha sido usted —dijo.

—Lo confieso humildemente —sonrió el forastero, sin dejar de seguir las curvas del camino enarenado que se deslizaba entre una vegetación exuberante.

Ella le tocó los músculos del brazo derecho.

—Vaya fuerza —comentó—. Así, no me extraña que derrotase tan fácilmente a Endimion. Con esos músculos, ¿se conforma usted simplemente ser viajante de comercio?

Frederick se encogió de hombros.

—La vida, Sonia —contestó.

Un hombre les miró desde el sendero. Era otro indio semínola, ataviado como el anterior, pero armado con un rifle.

—Muchas precauciones —observó Frederick.

—Los artículos que tenemos almacenados valen muchos cientos de miles de dólares —contestó Sonia—. Han querido robarlos en más de una ocasión; una vez, Incluso descendiendo desde un helicóptero. Es comprensible, pues, que tomemos todo género de precauciones.

—Desde luego.

El coche desembocó de repente en una vasta explanada, cubierta de hierba en su mayor parte. Sonia dijo:

—Pare, por favor.

Frederick obedeció. Entonces vio un espectáculo inusitado.

Había un espacio sin hierba, con algunas mesas protegidas por grandes parasoles, muy cerca de un río de aguas mansas, cruzado

por un puentecillo de gracioso arco. Todas las mesas estaban ocupadas por hombres y mujeres que contemplaban lo que sucedía en el puente.

Al otro lado del río, había un par de tiendas de lona, con fajas verticales de vivos colores. Una esbelta joven cruzaba en aquel momento el puentecillo, ataviada con un vistoso chaleco de blanda piel de cocodrilo, blusa blanca de mangas flotantes, falda cortísima, también de piel, y botas que llegaban hasta más arriba de la rodilla. Las botas estaban elaboradas también en piel de cocodrilo.

Al pie del puentecillo, un individuo, sobre un pequeño estrado, armado de un micrófono, describía las características del modelo que los visitantes, y posibles compradores, estaban contemplando. La maniquí descendió a la explanada y paseó por entre las mesas, soportando la curiosidad del público con corteses sonrisas.

Dos semíolas iban y venían con bandejas cargadas de refrescos. Frederick entrevió a lo lejos, semiocultos por la vegetación, varios edificios. Supuso que serían almacenes, salas de curtido, elaboración y demás.

La maniquí volvió al puentecillo. Lo cruzó. Se detuvo en el centro, dio una graciosa vuelta, la última, y siguió hacia las tiendas vestuario, en el momento en que otra modelo salía de una de ellas.

Entonces fue cuando Frederick observó cierto movimiento en las aguas del riachuelo.

Fijó mejor su atención. Se estremeció. El agua estaba llena de caimanes.

El desfile había terminado.

Los visitantes se agolpaban en torno al locutor. Sonia dijo:

—Será mejor que espere a que se hayan ido todos.

—No tengo prisa —contestó Frederick.

Un indio pasó cerca y Sonia le encargó bebidas. El indio asintió en silencio.

Frederick había podido darse cuenta de que las maniqués eran cinco en total. Una de ellas salió en aquel momento de una de las tiendas. Era alta, esbelta, lógicamente, de frondosa cabellera dorada, un tanto oscura, de ojos violeta y expresión soñadora. Cruzó el puentecillo y se perdió entre la vegetación.

Los visitantes empezaron a desperdigarse. Entonces, el locutor se fijó en el coche y en sus ocupantes.

Sonia agitó la mano.

—Venga, Allen; conocerá al dueño de la granja.

Para asombro de Frederick, el propietario de *Farm*

*Ellad's*

era el mismo locutor. Se apeó de su asiento y siguió a Sonia.

Ellad era un sujeto de buena estatura, corpulento, de ojos muy negros y brillantes, y una abundante barba de collar, que le prestaba un aspecto distinguido y atrayente al mismo tiempo. Lo único que no le gustó a Frederick era la pulsera de oro que tenía en la muñeca derecha.

—Morb —dijo Sonia—, te presento a Allen Frederick, un posible comprador de nuestros artículos. Allen, éste es Morbihan Ellad.

«Unos nombres más bien raros», pensó Frederick mientras estrechaba la mano del dueño de la granja.

—¿Viene como particular o representa a alguien? —preguntó Ellad, después de los primeros saludos.

—He sido enviado por los almacenes Shakery —respondió el forastero—. Espero que haya oído hablar de ellos.

—En efecto —admitió Ellad.

—Sus artículos han alcanzado gran renombre. Por el momento, mi visita es más bien exploratoria, aunque adquiriré algunas muestras para llevármelas. En caso de que agraden, Shakery enviaría una comisión más nutrida y, por supuesto, con plenos poderes para hacer una compra de gran estilo.

—Me sentiría muy honrado, señor Frederick. Ahora, por el momento, estoy ocupado. Sonia, sin embargo, le llevará a ver algunos aspectos de la granja. Enséñale también el salón de exposiciones, ¿quieres? —Se dirigió Ellad a la joven.

—Con mucho gusto, Morb —accedió Sonia.

Frederick estrechó de nuevo la mano de Ellad. Entonces se fijó un poco más en su barba. Habría jurado que se la teñía.

En ese caso, Ellad tendría más de los cuarenta y tantos años que aparentaba. Posiblemente, rebasaba de sobras la cincuentena.

Caminó junto a la joven. Cruzaron la pasarela. Frederick no pudo por menos de mirar hacia abajo.

Había tantos caimanes como vacas en un rancho ganadero de Tejas. ¿Qué pasaría si un hombre se cayera allí?

Aquellos caimanes, sin embargo, no medían más de dos metros.

Pero muchas bocas de saurio, mordiendo a la vez...

Era preferible no pensar en ello.

Sonia le enseñó distintos lugares de la granja, desde las playas semejantes a las naturales, donde las hembras de caimán ponían sus huevos y vigilaban el crecimiento de sus pequeños, hasta el matadero y desolladero, sin olvidar las salas de curtido y preparación de las pieles.

Frederick se fijó especialmente en un detalle: la mayoría de los operarios eran indios seminolas. Se preguntó por los motivos de aquella preferencia. Sin duda, se dijo, eran más activos que los gandules blancos de Washakee.

Luego, Sonia se detuvo al borde de un monumental estanque, cruzado asimismo por otra pasarela, desde la cual un seminola arrojaba comida especialmente preparada a los saurios. El estanque tenía a todo su alrededor una vasta playa, en la que perecían algunos caimanes.

Frederick parpadeó. Ninguno de aquellos caimanes bajaba de los cuatro metros de longitud.

—Eso tiene una explicación —dijo Sonia, cuando él le formuló una pregunta aclaratoria—. Es el que nosotros llamamos Sector A, debido a que los caimanes que ahí se crían viven un tiempo excepcionalmente largo. Naturalmente, se hacen mucho mayores que el término medio y su piel no sólo es mejor, sino que adquiere mayores dimensiones. Siempre hay caprichosos que quieren una piel entera o un juego completo de vestir hecho de una misma piel, incluyendo cartera, bolso y zapatos.

—Y los caprichos se pagan.

—Naturalmente —sonrió Sonia. De pronto, agitó la mano.

Frederick volvió la cabeza. Otra chica movió la mano en el lado opuesto del estanque.

—Es Pru, una de nuestras mejores modelos —dijo Sonia.

—¿Pru? —repitió Frederick, extrañado.

—Prudence Dillman —explicó Sonia—. Guapa, fina y esbelta. ¿Le gusta?

—Es difícil elegir —contestó él galantemente. Sonia soltó una alegre carcajada.

—Además de buen luchador con los puños, sabe pelear también con las palabras. Sigamos, ¿quiere?

Antes de abandonar el Sector A, Frederick volvió la cabeza.

Prudence Dillman se alejaba entre los árboles, solitaria, caminando con aire pensativo. A Frederick le dio la sensación de que la joven estaba bajo el influjo de una pena oculta. Pero casi en el acto la borró de su mente.

Sonia continuaba hablando a su lado. De pronto, Frederick se acordó de algo.

—He visto varias maniqués en el pase de modelos —dijo—. ¿Vienen aquí cuando se anuncia un acto semejante?

—Oh, no —contestó Sonia—. Viven en la granja, en una casa especial para ellas... bueno, yo también tengo una habitación en la misma residencia. Pero no son modelos exclusivamente; esta granja necesita de algo que se llama burocracia.

—Ah, ya, mecanógrafas.

—Y traductoras y contables. Las elegimos por sus conocimientos y su físico, conjuntamente, y cobran un sueldo muy superior al que cobrarían en una oficina corriente. Su contrato es por un mínimo de dos años, al cabo de cuyo tiempo quedan en libertad de irse o prorrogarlo por un tiempo análogo.

—Comprendo. Entonces... aquella chica, Pru, se irá algún día de aquí.

—Lo dudo mucho —sonrió Sonia—. Vive aquí desde que era una niña. Sabe que Morb no es su padre, pero lo considera como tal.

## CAPÍTULO III

En la oscuridad de su cuarto del hotel, Allen Frederick, mientras fumaba un cigarrillo, se preguntó si había dado ya con la hermana de su amigo.

Sería demasiada suerte, se dijo. Pero, a fin de cuentas, a eso había venido a Washakee. Todavía recordaba su entrevista con Harriet Mullinois, la madre de su amigo Freddie. Los dos habían servido juntos en el ejército. Habían realizado los cursos de entrenamiento en la selva panameña y luego habían pasado un duro año en Vietnam.

Frederick había salvado la vida una vez a Mullinois y éste le había correspondido con un favor análogo al poco tiempo. Ello había cimentado aún más la amistad existente entre ambos.

Los dos se habían licenciado al mismo tiempo y entonces se habían separado. Frederick tenía un buen empleo y durante un año largo vivió lejos de su amigo.

Un día, sin embargo, recibió una carta. Era de la madre de Freddie.

La señora Mullinois no tenía a quien recurrir. Frederick no era de los que consideraban la amistad como una palabra vana.

Entonces conoció lo que ocurría. La señora Mullinois había tenido una hija veintisiete años antes, primer vástago de su matrimonio.

Freddie había nacido apenas, dos años más tarde, cuando Betty, que así se llamaba la niña, fue raptada. Nunca más habían vuelto a saber de ella.

Harriet, sin embargo, había abrigado siempre la esperanza de que un día volvería a ver a Betty. Los años habían ido pasando hasta que un día recibió una carta.

Frederick se la sabía de memoria:

*Su hija está en Washakee, Florida, más concretamente,  
en  
Ellad's*

*Farm. Allí podrá rescatarla... si Morbihan Ellad lo  
consiente. Haga que su enviado se entreviste antes conmigo.  
La contraseña será «Caimán Blanco».*

Realmente, Frederick creía que la niña había muerto. No la había conocido, no la había visto jamás; el rapto se había producido cuando él contaba escasamente cinco años de edad. Betty había muerto. Una niña raptada a los dos años, tenía muchas posibilidades de morir, debido a la falta de los adecuados cuidados maternos. Los secuestradores se preocupaban siempre más de no ser capturados que de su víctima raptada.

Pero, en cambio, sí había conocido a Freddie. Y era por él, por su amigo, por lo que se hallaba en Washakee.

Harriet Mullinois seguía creyendo en que Betty vivía. No obstante, la consumía la falta de noticias del otro hijo.

—Freddie hablaba mucho de usted, Allen —le dijo—. No sé a quién recurrir. Poseo una inmensa fortuna, pero ¿de qué me sirve sino tengo a quien dejársela?

Y luego había añadido:

—Siempre sospeché que el autor del rapto había sido Richard Twoster, un antiguo pretendiente que nunca supo consolarse de mi matrimonio con otro. Realmente. Richard pese a su simpatía, poseía un genio muy violento y yo supe que no seríamos felices. Desapareció a poco de mi boda, jurando que se vengaría de mi desdén, y ya no he vuelto a verle. La policía le buscó, lo encontró en San Francisco, pero pudo probar concluyentemente que él no tenía que ver con el rapto.

—Quizá lo encargó a otros —apuntó Frederick.

—No me extrañaría. También poseía bastante dinero. Pero eso es lo de menos. Ahora que, por fin, había tenido noticias de Betty...

Sí, Harriet había sabido de la hija tan añorada durante un cuarto de siglo y entonces le había desaparecido el otro hijo.

Un muchacho fuerte, robusto, alegre, simpático. Veinticinco años convertidos en... ¿comida para los caimanes?

Frederick se estremeció. Se acordó de los saurios del Sector A,

con mandíbulas capaces de seccionar limpiamente la pierna de un hombre. En aquel estanque podía desaparecer perfectamente una persona, sin dejar el menor rastro.

Luego se preguntó quién podía ser el anónimo informante de la señora Mullinois. La contraseña era «Caimán Blanco». ¿Hombre? ¿Mujer?

Era lo de menos. Lo que más importaba era la forma y el momento de poder ponerse en contacto con él.

Porque Frederick no tenía la menor duda de que «Caimán Blanco» entraría en contacto con él. No había más que recordar la acogida de que había sido objeto a su llegada a Washakee.

Era indudable que Freddie había hablado de él. Por tanto, esperaban su llegada un día u otro.

Y «Caimán Blanco», naturalmente, no podía ser menos. De pronto, oyó un ruido en el suelo de su habitación.

Se sentó en la cama inmediatamente. Tenía la ventana abierta. Alguien había lanzado un objeto a través del hueco.

Encendió la luz. Vio una cosa blanca y se levantó. Su forma parecía esférica, aunque un tanto irregular. Pronto vio que era un mensaje. Desató la cuerda que sujetaba el papel a la piedra y alisó éste.

El mensaje decía:

*Mañana, a las doce de la noche, junto al Sector  
A. Cruce la valla a ciento cincuenta metros al E. de la  
puerta principal.  
«Caimán Blanco».*

Frederick sonrió satisfecho. El misterioso comunicante había entrado en contacto con él antes de lo que esperaba.

Encendió un cigarrillo y quemó el mensaje. Con la misma llama, prendió un segundo cigarrillo. Luego apagó la luz y se tendió de nuevo en la cama.

Al cabo de un rato, sintió que le invadía el sueño. Empezó a sumirse en la irrealidad.

De pronto, le pareció que no estaba solo en la habitación.

Entreabrió los ojos. Había alguien cerca de la puerta, con un voluminoso objeto en las manos.

El hombre se arrodilló. Manipuló en el objeto. Luego, sin hacer

ruido, pero con gran rapidez, se escabulló del dormitorio.

Entonces, Frederick oyó un sonido que le heló la sangre en las venas.

Era el ruido inconfundible de una serpiente de cascabel.

Se sentó en la cama, chorreando sudor. Procuró mantener la serenidad.

El crótalo había sido transportado en una cesta de mimbre. Para no dejar rastro y hacer creer que se trataba de un infortunado accidente, el intruso se había llevado el cesto. Así, pues, Frederick estaba solo, frente al mortífero reptil.

Había un poco de luz lunar. Tenía los ojos habituados a la oscuridad.

La serpiente se agitaba inquieta, irresoluta. Ciertamente, Frederick no estaba tan desarmado como creía el comisario.

En la maleta tenía una pistola provista de silenciador. Pero no podía llegar a ella sin pasar por la vecindad del reptil.

De pronto, oyó voces bajo su ventana. La noche era tan silenciosa, que, a pesar de que los dos hombres hablaban bajo, pudo escuchar claramente sus palabras.

—¿Está ya? —preguntó uno.

—Sí. No se ha enterado siquiera.

—Se enterará cuando le muerda.

—Y entonces chillará como un condenado. Sonó una risita. Uno de los hombres dijo:

—Bien, quédate aquí un rato. Escucha atentamente. Ya sabes dónde verme.

—De acuerdo.

Los crótalos de la serpiente volvieron a sonar. Frederick saltó lentamente de la cama.

El animal estaba allí, moviendo lentamente la cabeza a un lado y a otro. Frederick caminó unos cuantos pasos.

Se situó a poco más de un metro del animal, que medía cumplidamente los ciento cincuenta centímetros.

En Vietnam, sin embargo, los habían capturado de mayor longitud.

Lo hacían por apuesta, para divertirse. Naturalmente, se protegían las manos con guantes de artillero. Ahora era distinto. Sus manos estaban desnudas.

La serpiente empezó a moverse hacia él. Su lengua bífida entraba y salía de sus fauces, y se oía un siniestro siseo que ponía los pelos de punta.

De repente, Frederick dio un salto. Durante una fracción de segundo, quedó detrás de la serpiente.

Su mano se movió como el rayo, pese a la velocidad de tales reptiles. Sus dedos, como zarpas de acero, aferraron al animal por la base del cuello. La cola onduló como un látigo.

Ahora ya no podría morderle. Frederick sonrió en la oscuridad.

Se acercó a la ventana y asomó la cabeza con grandes precauciones. Sabía un hombre parado en la esquina, casi justo debajo de él. Fumaba indolentemente, esperando oír en cualquier momento el chillido de angustia de un hombre atacado por un reptil de mordedura letal.

Frederick movió la mano. La serpiente voló por los aires y fue a caer sobre el hombro del individuo.

Frederick se retiró en el acto. El hombre se sobresaltó. Casi en el mismo instante, la serpiente, enloquecida de rabia, se revolvió y mordió furiosamente aquel cuello tan cercano.

Se oyó un espeluznante alarido de angustia. Luego el rumor de unos pasos que se alejaban a la carrera. Frederick volvió a la cama. Procuró enjugarse el sudor.

Los chillidos perdieron volumen.

—Lo siento por ti, hermano —dijo Frederick a media voz—. Pero no he hecho más que devolverte la pelota.

A lo lejos, se formó un más que regular escándalo.

Sentado en una butaca de mimbre, en la veranda del hotel, Frederick dejaba pasar el tiempo sin prisas.

Al alcance de su mano tenía un refrescante julepe de menta. De cuando en cuando, tomaba un sorbo.

La temperatura era tórrida, casi exasperante. No se movía una brizna de viento.

Perry Stanford, comisario de Washakee, subió las escaleras y se sentó a su lado, sudando por todos los poros de su cuerpo.

—¡Condenado país! —masculló—. Se derrite uno.

—Tómese un julepe de menta. Le invito yo —sonrió Frederick.

—Acepto —dijo ávidamente el comisario. Y batió palmas estrepitosamente.

Una guapa camarera, de formas abundantes, trajo la bebida a poco. Stanford consumió la mitad de un golpe.

—Calor y reptiles, esto es Florida —gruñó el comisario—. ¿Le gusta el país?

—Tiene su encanto, claro —contestó Frederick.

—Y sus cosas malas. A veces se encuentra uno con un crótalo... y como no ande listo, se lo llevan al cementerio.

—Hay suero antitóxico —alegó el joven.

—Cuando a uno le pica en el cuello uno de esos bichos, no hay suero que valga. La muerte se produce en cuestión de minutos.

—Bueno, pero para que un crótalo pique en el cuello, se necesita estar tumbado en el suelo, digo yo.

—O en la cama. Son muy audaces. Hay ocasiones en que entran en las casas.

—Lo tendré en cuenta y esta noche cerraré bien puertas y ventanas, después de haberme convencido de que no hay serpientes en el dormitorio.

—Hará bien —aprobo Stanford—. Precisamente, esta madrugada ha muerto un tal Rusty Michaels. El bicho le picó en el cuello.

—¡Qué horror! —Se estremeció Frederick.

—Sí, un caso de mala suerte, porque Michaels no estaba tumbado. El bicho debió de reptar por algún poste, en busca de algún nido. En las casas viejas, que son la mayoría de las de Washakee, a veces hay nidos en algunos huecos. Fallaría o vaya usted a saber, el caso es que el pobre Michaels estaba debajo y recibió la picadura. No vivió ni diez minutos.

—Lástima —murmuró el joven—. Un caso de verdadera mala suerte.

—Sí, muy mala suerte. —Stanford subrayó la frase de modo inequívoco—. ¡Cómo chillaba el pobre! ¿No lo oyó usted?

—Tengo un sueño muy pesado, comisario —sonrió Frederick.

—Pues ya es suerte también, aunque en mejor sentido, claro. Celebro que no haya visto el espectáculo, Frederick. El pobre médico intentó hacer todo lo que pudo, pero Michaels no tenía ya remedio.

—¡Pobre hombre! —repitió el forastero.

Stanford quería tirarle de la lengua, estaba visto, pensó Frederick. Pero él era un hombre duro y correoso y no sólo en lo

físico.

El comisario cambió de tema.

—Me gustó su pelea con Endimion —dijo.

—No tuvo alicientes. El pobre es sólo una masa de carne... mejor dicho, grasa y huesos —contestó Frederick con ligero desdén.

—Usted, en cambio, pelea muy bien. ¿Dónde aprendió?

—Llevé una boina verde durante tres años.

La respuesta de Frederick era deliberadamente suave, pero contenía implícita una advertencia que no quería dejar de emitir. Stanford mostró su asombro.

—Sufren un entrenamiento muy duro, creo —opinó.

—Durísimo. Hay algunos que prefieren la guerra de verdad al entrenamiento.

—No me extraña. —Voluble, Stanford varió nuevamente el tema

—. ¿Le agradó *Farm*

*Ellad's*

?

—Hay muchas cosas interesantes, en efecto.

—Pero usted no ha terminado todavía.

—No. He hecho un informe previo y lo he remitido a mi central. Mañana o pasado recibiré respuesta telefónica. Entonces, visitaré la granja de nuevo.

—Es una de las mayores atracciones de Washakee. Hasta vienen turistas para ver los caimanes y comprar artículos de piel en la exposición permanente que Ellad tiene en un edificio. Pero se marchan el mismo día —añadió Stanford intencionadamente.

—Yo no soy un turista, comisario —dijo Frederick sonriendo.

—Desde luego. Sin embargo, su estancia aquí no puede prolongarse mucho.

—Lo justo nada más, comisario, sólo lo justo. Stanford terminó su bebida. Se puso en pie.

—Gracias por su invitación, Frederick.

—Hasta que quiera, comisario.

Stanford se alejó. Frederick lo contempló a través de sus gafas ahumadas.

Cada vez estaba más convencido de que su presencia en Washakee no sólo era incómoda, sino indeseada.

Pero no pensaba abandonar la partida, por muchas serpientes de

cascabel que le echasen en el dormitorio. Tenía que conocer la suerte corrida por su amigo.

Y encontrar a Betty Mullinois.

## CAPÍTULO IV

A la luz de la luna, Frederick contempló pensativamente la elevada valla metálica que contorneaba y delimitaba la posesión de Morbihan Ellad.

Demasiado alta para evitar la posible evasión de algún saurio ansioso de aventuras. ¿No se había construido para encerrar a algo más que simples caimanes?

Los postes sustentadores y de refuerzo eran muy gruesos, de tubo de acero, y medían cinco metros de altura, los mismos de la valla, cuyo alambre tenía asimismo un grosor realmente notable.

Se preguntó si estaría electrificada. No parecía probable. Demasiado gasto. La altura de la valla y la vigilancia de los semínolas armados, eran más que suficientes para cortar cualquier veleidad de fuga.

El mensaje decía ciento cincuenta metros al Este de la puerta. Bien, ya estaba en el lugar adecuado. Y ahora, ¿cómo salvar la valla?

Se acercó a ella. Por pura precaución, agarró una ramita y la lanzó contra la red metálica. No ocurrió nada. La rama habría ardido de estar electrificada la valla.

Tanteó la red metálica con ambas manos. Era muy fuerte. Se necesitaba algo más que unas simples cizallas para cortar aquel alambre. Un soplete... pero él no podía usar semejante artefacto.

Había ido prevenido. Cuando salió del hotel, no creyó tener que usarlo, pero ahora se felicitaba por su precaución.

Volvió al auto, estacionado en lugar discreto, y sacó del portaequipajes una sólida cuerda, provista de un gancho forrado de goma en uno de sus extremos. Regresó al mismo lugar, sin explicarse muy bien por qué «Caimán Blanco» le había mencionado aquel punto exactamente.

Había esperado encontrar una abertura, pero no la había. Tenía

que pasar por sus propios medios.

Lanzó el gancho, que agarró al borde superior. Tanteó un par de veces y luego se izó rápidamente. Las mallas de la red facilitaron su ascensión.

Pasó al otro lado, lanzó la cuerda al interior del recinto y se descolgó con la misma rapidez. Luego corrió unos pasos y se agachó detrás de un macizo de flores.

Alguien venía. Frederick esperó cosa de medio minuto.

Un semínola armado con un rifle pasó por su lado. El indio se alejó.

Realmente, ¿justificaba el valor de las pieles de cocodrilo la vigilancia tan intensa y realizada por tantos hombres armados?

Dejó la respuesta a ion lado. Cuando el indio se hubo alejado, continuó su camino.

Minutos más tarde, estaba en las cercanías del estanque donde moraban los grandes saurios. De cuando en cuando, se oía un estremecedor entrechocar de mandíbulas.

Avanzó ahora paso a paso, mirando a derecha e izquierda. ¿Dónde estaba «Caimán Blanco»?

Sacó la pistola que el comisario no le había recogido. De pronto, oyó un leve siseo a su izquierda.

Volvió la cabeza. Había un enorme sauce de grueso tronco. Creyó ver bajo el mismo una oscura silueta. Por pura precaución le apuntó con el arma.

Se acercó al individuo.

—¿«Caimán Blanco»? —preguntó.

—Sí.

Frederick contuvo una exclamación de asombro.

—Es una mujer —dijo.

Unos dientes brillaron en la oscuridad.

—Siento haberle defraudado —dijo ella.

—Nada de eso, señora. Las mujeres jóvenes y guapas no me defraudan jamás.

—Lo celebro, señor Frederick. Usted no es comprador de artículos de piel de cocodrilo.

—¿Posee usted el don de la clarividencia? Por favor, usted me conoce, pero yo a usted no. Dígame su nombre; la oscuridad es muy intensa y no puedo verle la cara... y no es Sonia Webtree.

—Soy Prudence Dillman.

—Ah, Pru —sonrió él—. Encantado de conocerla.

—Gracias, señor Frederick.

—Dígame Allen, simplemente... o Allie, cómo me llaman los amigos.

—Muy bien, Allie. Usted ha venido para ver si encuentra a Freddie Mullinois.

—Sí.

—No lo encontrará. Ha muerto.

Frederick procuró mantener la compostura.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

—No podría afirmarlo rotundamente, pero sé que ha muerto.

—Si no ha vuelto a casa, es que, en efecto, ha muerto. ¿Quién lo mató?

—¿Quién otro podría ser? —replicó la joven. Hubo un corto espacio de silencio.

—Ellad —dijo Frederick al cabo.

—El mismo. No quiere que la hija de Harriet Mullinois le abandone.

—¿La conoce usted?

—Sí.

—¿Quién es, Pru?

Ella le miraba intensamente.

—¿No le habló la señora Mullinois de la marca de familia?

—Es cierto. La mancha en forma de media luna situada en la parte interna del brazo, más arriba del codo, una especie de antojo común a los Mullinois.

—Usted es detective. ¿No ha traído consigo una linterna, aunque sea pequeña?

—Tengo la linterna, pero no soy detective —sonrió Frederick a la vez que metía la mano en el bolso—. ¿Para qué la quiere?

—Enciéndala, pero tape el foco con la mano —pidió Prudence. Frederick obedeció. Entonces, Prudence levantó el brazo izquierdo.

—Mire —dijo.

Frederick lanzó un rápido destello al miembro. Tuvo que esforzarse para no lanzar una exclamación de asombro.

—¡Usted! —dijo al cabo, cuando se hubo recobrado del golpe.

—Sí. Yo soy Betty Mullinois.

Frederick se pasó una mano por la cara.

—Vámonos —dijo de repente. Pero ella se resistió.

—No. Todavía no es tiempo —contestó.

—¿Qué le pasa? Su madre la está esperando desde hace un cuarto de siglo.

—¿Se ha olvidado del pobre Freddie?

—Es cierto —murmuró Frederick.

—Y no es él solo, Allie. Han muerto aquí muchas otras personas... mujeres jóvenes y bonitas, por ejemplo.

Frederick se estremeció.

—¿Qué me está diciendo? —preguntó, atónito.

—¿Para qué se cree que está la valla? ¿Por qué cree que hay tantos semínolas armados? Ellad contrata a las modelos, es cierto..., pero una vez que están aquí, ya no pueden salir más. Alguna lo intentó, trató de escapar y se quedó para siempre.

—Enterrada en algún rincón de este extenso parque. Prudence meneó la cabeza lentamente.

—No —dijo con laconismo.

Frederick creyó comprender. A cincuenta metros se oían chasquidos de mandíbulas.

—Esos caimanes han probado la carne humana —dijo.

El silencio de la joven era una respuesta afirmativa.

—Frederick sintió un frío glacial en la espalda.

—Pero ¿cómo un hombre puede...? ¡Y Sonia le ayuda!

—Sí.

—Me siento anonadado. ¿Qué hacen las autoridades de Washakee? ¿Es que no han puesto coto a tales desmanes?

Prudence sonrió desdeñosamente.

—¿Acaso no se ha dado cuenta de que Stanford está en la nómina de Ellad?

—Sí, es verdad —musitó Frederick, recordando los incidentes del día de su llegada—. ¿Vio usted a su hermano?

—Unos momentos tan sólo. Empezamos a planear mi fuga... pero no pudimos realizar nuestros deseos.

—Murió antes.

—Sí. Acordamos una hora determinada. Nunca llegó. Frederick guardó silencio unos momentos.

—Y ahora quiere vengarlo —dijo a poco.

—A Freddie y a mis compañeras.

—Sin pruebas...

—Usted las hallará. Freddie era más impulsivo. Usted parece más astuto. Acabe con esta carrera de crímenes, Allie.

—Lo intentaré —prometió Frederick—. Una cosa, Pru... bueno, ¿cómo debo llamarla, si es usted Betty Mullinois?

—No cometa errores. Siga llamándome Pru por el momento —contestó ella.

—De acuerdo. ¿Habló mucho con Freddie?

—Varias veces. El mencionó su nombre en varias ocasiones, Allie. Me contó algunas de sus peripecias en la guerra.

—Comprendo. Era un buen muchacho.

Callaron un instante. Frederick miró con fijeza a la joven.

¿Qué pretendía Prudence Dillman?, se preguntó.

¿Cuáles eran sus proyectos?

Porque de una cosa estaba seguro, tan seguro como que era de noche. Aquella joven no era Betty Mullinois, aunque llevase en el brazo la marca de la familia.

Harriet Mullinois era inmensamente rica. ¿Trataba Pru de conseguir la fortuna de la dama?

De momento, se dijo, le seguiría el juego. Merecía la pena. Después...

—Una pregunta, Pru —dijo al cabo.

—¿Por qué me indicó aquel lugar a ciento cincuenta metros de la puerta? Pru sonrió en la oscuridad.

—Sabía que estaría sin vigilancia —contestó.

—Ah, tiene algún... amigo entre los semínolas.

—¿No recibió mi mensaje?

—Claro —dijo Frederick, sonriendo también—. Su amigo.

—Justamente. Mañana volverá usted como comprador. Si me acaricio dos veces la mejilla izquierda, acuda por la noche a la misma hora. En caso contrario, espere a otro mensaje.

—De acuerdo.

—He de retirarme. Vuelva por el mismo sitio. Buenas noches, Allie.

—Buenas noches, Pru.

La joven se esfumó sin hacer ruido entre las tinieblas. Frederick quedó solo.

Estuvo inmóvil durante unos momentos, formulándose a sí mismo infinidad de preguntas. ¿Cómo había entrado Pru en conocimiento del rapto acaecido veinticuatro años antes?

¿Era Ellad el mismo Richard Twoster, antiguo pretendiente de Harriet?

Pero, si Pru no era Betty Mullinois, ¿quién era de las chicas que habitaban en la granja? Y, lo más importante de todo, ¿vivía aún?

Frederick no tuvo tiempo de continuar sus especulaciones. Algo duro se apoyó en sus riñones.

—Levante las manos —sonó una voz a sus espaldas.

## CAPÍTULO V

Frederick obedeció en el instante, maldiciéndose por su descuido.

La voz no parecía de Ellad, pero, para el caso, era lo mismo. El rifle que oprimía sus riñones resultaba un argumento convincente.

—Camíne —ordenó el seminola. Frederick echó a andar. El guardián dijo:

—Ponga las manos sobre la nuca. Estará más cómodo.

—Gracias por su interés, amigo —contestó Frederick irónicamente. Siguió andando. De pronto, el indio dijo:

—A su izquierda.

Frederick ejecutó una conversión oblicua en la dirección que seguía. De pronto se dio cuenta, alarmado, que caminaban hacia el estanque del Sector A.

—Eh, allí están los caimanes grandes —dijo.

—Ya lo sé —contestó el indio—. Estamos advertidos de su posible incursión y tenemos órdenes precisas caso de capturarlo.

—Oiga, si es por eso, yo puedo darle cuarenta o cincuenta dólares para comida de esos bichos. No me gustaría que pasaran hambre.

—Usted se lo calmará —manifestó el semínola imperturbablemente.

Llegaron junto a la valla. Sin dejar de encañonarle con el arma, el indio abrió una portezuela y luego empujó a su prisionero hacia adelante.

—A la pasarela —ordenó.

Frederick obedeció. El indio caminaba tras él.

Llegaron a la mitad del puentecillo. A metro y medio escasamente bajo ellos, chasqueaban tétricamente las mandíbulas de los saurios.

De repente, Frederick percibió una alteración en el ritmo

respiratorio de su aprehensor. Instantáneamente, se echó a un lado.

El indio empujaba en aquel momento con todas sus fuerzas, utilizando el rifle a modo de pica. Falló su blanco y se tambaleó.

Caído a medias en el suelo, Frederick elevó la pierna izquierda y golpeó con todas sus fuerzas las corvas del semínola. Éste se tambaleó visiblemente y soltó el rifle, como para buscar un punto de apoyo.

No lo consiguió. Un horrendo alarido se escapó de su garganta al darse cuenta de lo irremediable de su suerte. Cayó de cabeza al estanque y se oyó un fuerte chapoteo.

El indio asomó repentinamente medio cuerpo, elevando sus manos hacia arriba. Frederick, a pesar de que el hombre había intentado arrojarle a aquel lugar de infierno, trató de ayudarle.

Incluso agarró una de sus manos. La cara del semínola tenía una expresión horrible. De repente, algo tiró del hombre hacia abajo.

Sus facciones sufrieron una espeluznante transformación. Frederick se vio obligado a soltarle, para no seguir su mismo camino.

Los saurios se arremolinaron en el estanque, coleteando furiosamente. Frederick apartó la vista a un lado, horrorizado por los chasquidos de las mandíbulas.

Tenía que abandonar aquel espantoso lugar. El indio había gritado. La alarma era inevitable.

A fin de sentirse mejor protegido, se apoderó del rifle, caído al borde de la pasarela. Se puso en pie y echó a correr.

Treinta metros más adelante, se dio cuenta de un notable detalle. Todo parecía tranquilo, nada se movía, excepto los caimanes.

Entonces se dio cuenta de que *ya se sabía* cuál iba a ser su fin, ya se daba por supuesto que gritaría.

Por tanto, los gritos del semínola habían sido confundidos con los que se esperaba lanzase él al ser precipitado en el estanque. Moderó su paso y caminó con normalidad, procurando hacer ostentación del rifle.

Iba sin sombrero, que había dejado en el auto, a fin de moverse con más comodidad. De lejos, su silueta podía parecer la de uno cualquiera de los vigilantes que recorrían la granja por la noche.

Llegó a las inmediaciones de la valla. Entonces vio a un indio

examinando con curiosidad la cuerda que pendía de lo alto.

—Ese tipo entró por aquí —dijo el semínola.

—Sí —contestó Frederick con voz natural.

—Bueno, ya ha dejado de molestar —sonrió el vigilante. Y de súbito se dio cuenta de que el intruso continuaba aún con vida.

—¡Usted...! —empezó a decir.

Frederick movió el rifle con celeridad. El cañón del arma golpeó primero la garganta del individuo y luego su sien. El paso quedó libre.

Se estiró voluptuosamente en la cama. Había dormido como un tronco.

Miró a través de la ventana. El sol estaba muy alto. Se anunciaba otro día de tórridas temperaturas.

Frederick se levantó y fue a la ducha. Se aseó rápidamente y bajó al comedor del hotel. Terminaba de desayunar, cuando vio a Endimion apoyado en una de las columnas del porche. El gigante con cara de idiota parecía muy interesado en la contemplación de lo que pasaba en la calle.

Pero sólo lo parecía. Frederick tenía la seguridad de que le vigilaban.

Encendió un cigarrillo después de la última taza de café. Se puso en pie y abandonó el comedor.

Endimion le dirigió una rencorosa mirada cuando apareció en el porche. Frederick sonrió cortésmente. Casi en el mismo momento, vio al comisario que se acercaba resoplando.

—Hola, Frederick —saludó Stanford.

—¿Qué tal, comisario?

—Muy tarde se levanta hoy —observó el hombre de la estrella. Se quitó el sudado sombrero y empezó a abanicarse—. ¿Es así como hace usted sus negocios?

—Por el momento, no tengo prisa. ¿Para qué salir a la calle a sofocarme?

—Ya. Se comprende. ¿Cuánto se marcha? Frederick entornó los párpados.

—Estoy muy bien en Washakee —dijo.

—No es una población muy bonita —manifestó Stanford.

—Hay gustos para todo, comisario. Además, si se hace negocio, miel sobre hojuelas.

—¿Usted cree?

—Estoy aquí, porque un buen amigo me recomendó Washakee. Tal vez usted haya oído hablar de él. Freddie Mullinois era su nombre. Aunque los amigos más íntimos le llamábamos Blackie. Era muy moreno, ¿sabe?

Stanford sacó un palillo y empezó a hurgarse los dientes.

—No he oído nunca ese nombre —declaró sin inmutarse.

—Bueno, tampoco es importante —sonrió Frederick. Levantó el sombrero—. Con su permiso, comisario.

—¿Adónde va, Frederick?

El joven se volvió.

—¿Puede hacerme esa pregunta? —dijo fríamente.

—Se la he hecho —contestó Stanford en tono no menos glacial.

—En ese caso, le diré que voy a la oficina de Telégrafos. Ah, y no intente curiosear para enterarse del mensaje que voy a despachar.

La cara del comisario adquirió un pronunciado color escarlata.

—Conozco mis deberes. Y también mis derechos —dijo.

—Muy mal, por lo que veo. Buenos días.

Frederick se marchó, sin que el aturdido comisario hubiese reaccionado todavía. Pero unos segundos después, Stanford hizo un gesto con la cabeza y Endimion asintió.

El gigante abandonó la veranda y siguió los pasos de Frederick. Mientras, el joven había llegado a la oficina de Telégrafos, no muy distante del hotel.

Pidió un impreso y empezó a escribir. De pronto, notó un apestoso aliento por encima de su hombro.

Además, percibió olor a cuerpo sudado, sucio. Trató de dominar las bascas que sentía. Estaba acostumbrado a toda clase de cosas horribles y malos olores, pero la repugnancia que sentía era más bien psíquica. Había abundancia de agua y jabón en Washakee, no era como en la jungla de Vietnam, donde a veces se pasaban días y aun semanas enteras sin cambiarse de ropa y sin poder lavarse, como no fuese en algún pestilente arroyo de aguas insalubres. Pero allí, en una ciudad, donde resultaba tan fácil meterse bajo una ducha y ponerse una camisa blanca...

Terminó de escribir. Se incorporó un poco y puso el mensaje debajo de la nariz de Endimion.

—Léalo con más comodidad, por favor —dijo irónicamente. Y tras unos segundos de pausa, añadió—: Como habrá podido observar, felicito a mi abuelita en su nonagésimo cumpleaños. Nonagésimo es el ordinal de noventa, por si no lo sabía.

Endimion le miró inexpresivamente. Luego dio media vuelta y salió.

Frederick entregó el telegrama, abonó su importe y se dispuso a abandonar la oficina. Cuando llegaba a la puerta, le dio de nuevo aquel hediondo olor en las narices.

Endimion le esperaba a la salida. El idiota era rencoroso. Sabía que no podía vencerle de frente y pensaba atacarle a traición.

Frederick pisó fuerte, subrayando sus pasos. Endimion cayó en la trampa y alargó una pierna, para ponerle la zancadilla.

El joven sonrió. Cuando vio la pierna, levantó su pie derecho y golpeó duramente los músculos de la pantorrilla. Dio a la carne; si hubiera dirigido el golpe al hueso, se lo habría partido.

Endimion chilló. Se agarró la pierna con ambas manos y empezó a dar unos ridículos saltitos a lo largo de la acera. Frederick pasó delante de él, se quitó urbanamente el sombrero y continuó su camino.

Momentos después, se sentaba al volante de su coche. Dio gas, embragó y arrancó en dirección a *Farms*.

*Ellad's*

Mientras rodaba a buena velocidad, se preguntó, una vez más, cómo había entrado Prudence Dillman en posesión del secreto del secuestro de Betty Mullinois.

Tendría que obligarla a hablar, aunque, por el momento, no estimaba propicia la ocasión. Usó un símil de pescador para calificar la circunstancia: era preciso soltar hilo para que el pez acabara cansándose y abandonando la lucha. De momento, sin embargo, Pru era un valioso aliado y eso era lo que importaba.

Porque no sólo era preciso conocer la muerte de Freddie, sino que había que probarlo.

Y ésta era la parte más difícil de su misión.

En cuanto al delito de secuestro, habían pasado ya veinticinco años y ello había motivado su prescripción legal. Por tanto, Richard Twoster, suponiendo que viviera, no podía ser perseguido por aquel delito.

—Unos trabajos muy bien hechos —alabó Frederick, después de que hubo visitado la exposición a conciencia, acompañado por Sonia Webtree—. Se explica así la fama que han conseguido ustedes.

—Oh, todavía no ha visto lo mejor —sonrió la hermosa rubia.

—¿Qué es? —preguntó Frederick, intrigado.

—Venga, por favor.

El joven siguió los pasos de Sonia. Ella le condujo a una puerta cerrada con llave, en la que había un cartel con las palabras:

RIGUROSAMENTE PROHIBIDA LA ENTRADA

Sacó una llave del bolsillo de su vestido y la insertó en la cerradura.

—Va a ver usted algo que sólo mostramos a muy pocos visitantes —dijo sonriendo.

Abrió la puerta. Frederick vio ante sí una estancia sumida en la penumbra, alumbrada por unas lámparas de color amarillo muy pronunciado, casi marrón, pero de escasísima intensidad luminosa.

Colgadas de unas perchas vio fragmentos de pieles de un color casi blanquecino. El olor a curtimbre no era nada agradable, aunque se podía soportar.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Parte de unos trabajos experimentales —dijo la rubia—. Estamos intentando conseguir pieles de cocodrilo de color blanco.

Frederick apretó los labios. «Caimán Blanco». El pseudónimo tenía su motivo en aquellas pieles.

—¿Cómo lo consiguen? —preguntó.

—Se ha intentado por medios naturales, mutación genética, principalmente, pero aparte de, que es muy lento e inseguro, hemos preferido, por ahora, centrar nuestros esfuerzos en la decoloración química de las pieles, con ayuda de otros medios: especial temperatura ambiental, iluminación también especial y, naturalmente, tratamientos químicos adecuados.

—Una piel blanca de cocodrilo tendría un éxito fabuloso —pronosticó Frederick.

—Eso es lo que estamos intentando —sonrió Sonia—. Salgamos, no podemos permanecer aquí mucho tiempo.

Una vez fuera, Frederick, dijo:

—Tendrán un laboratorio, supongo.

—Claro. ¿Quiere verlo?

—Si no es molestia...

—Estamos aquí para servirle —contestó Sonia amablemente.

## CAPÍTULO VI

Sonia le condujo hasta un bloque aislado, con grandes ventanales, sombreado por unos cuantos cipreses de Florida y sauces. Abrió la puerta y permitió que el visitante echara un vistazo a su interior.

—Un laboratorio como otro cualquiera, claro que adecuado a nuestro negocio —dijo Sonia.

Frederick asintió. Había varias personas con bata blanca trabajando ante diversos instrumentos científicos. Una joven de pelo leonado estaba inclinada sobre un microscopio.

—A esa señorita me parece haberla visto —dijo.

—Sí, es Pru, una de nuestras modelos. Es diplomada en biología, lo cual no excluye que tenga un tipo estupendo. Naturalmente, aceptó cuando le propusimos pasar modelos para los visitantes y compradores.

—Ah, ya.

Pru levantó la vista en aquel momento. Miró a Sonia y agitó la mano a la vez que sonreía. Sonia contestó con un gesto análogo.

Luego, Pru, con aire natural, se tocó la mejilla con dos veces. Frederick respondió con un vivo pestañeo de asentimiento.

—Querrá ver ahora al señor Ellad —propuso Sonia.

—Me disgustaría molestarle —dijo Frederick.

—No se preocupe. Sígame.

Momentos después, entraban en un despacho sencillamente amueblado, pero con lujo. Morbihan K. Ellad estaba hablando en aquel momento.

La mesa parecía suspendida en el aire. En el lado izquierdo había una gran lámpara, cuya pantalla era de piel de caimán blanco.

Ellad colgó el teléfono y sonrió.

—Bien, ¿qué dice nuestro visitante?

—Creo que los almacenes Shakery les harán a ustedes un importante pedido —manifestó Frederick—. Todo cuanto he visto, me ha agradado enormemente.

—Lo celebro infinito, señor Frederick.

—En especial, el intento de conseguir pieles blancas es muy notable. Hablaré con mis superiores para que le firmen una exclusiva. La piel blanca de cocodrilo causará sensación en el mercado.

—Eso es lo que nos proponemos —respondió Ellad—. ¿Piensa quedarse todavía muchos días en Washakee?

—Espero contestación a un informe que envié. Lo recibiré mañana o pasado. Todo depende de esa respuesta, señor Ellad.

—Ah —murmuró el dueño de la granja. Y en aquel momento, se oyeron pasos precipitados en el exterior.

Antes de que ninguno de los tres pudiera reaccionar, la puerta se abrió bruscamente y una hermosa mujer penetró en la habitación.

—¡Morb! He querido salir y no me han dejad...

Un relámpago de ira se formó en los ojos de Ellad.

—¡Anita, repórtate! —dijo con voz tonante. La joven se quedó parada.

—No sabía que tuvieras visita —se excusó—. Perdóname.

Lanzó una mirada a Frederick. El joven se mantenía impasible.

—Perdóname, Morb —repitió. Y salió del despacho.

Frederick fijó la vista en Ellad. El hombre tenía las mejillas rojas y respiraba con dificultad.

—Le ruego excuse el incidente —dijo, esforzándose por sonreír—. Es una chica muy impulsiva.

—Quería ir a la ciudad, olvidando que tiene que probarse unos modelos, que han de ser examinados hoy mismo por unos compradores —manifestó Sonia, en apoyo de las palabras de Ellad.

—Comprendo —dijo Frederick con una sonrisa neutra—. Bien, señor Ellad, no quiero molestarle más.

—Ha sido un placer —declaró el dueño de la granja, poniéndose en pie para estrechar la mano de su visitante.

Frederick se había acercado más a la mesa. Entonces se fijó en la pantalla, que no parecía hecha de una sola pieza.

Un detalle le llamó la atención. Había un trozo oscuro en uno de los lados de la pantalla. Medía unos tres centímetros de lado por

uno de anchura y tenía forma de media luna. No obstante, resultaba casi imposible de ver, a menos que uno se fijase con cierto detenimiento.

Frederick se sintió invadido por un sudor frío.

¡Era la marca de la familia Mullinois!

Se despidió de Sonia, procurando disimular el trastorno de su mente.

¡La piel de su amigo... para una pantalla!

Debía de haber visto visiones, se dijo. Porque aquellos trozos de piel mostraban los relieves propios de su procedencia, es decir, que eran de un caimán.

—No, no es posible tanto sadismo —se dijo—. Será algún defecto del curtido... una piel procedente de los primeros ensayos de blanqueo...

Si Freddie había muerto, su cuerpo no sería hallado jamás. Ellad no sería tan tonto como para dejar tras sí una prueba que podía conducirlo a la silla eléctrica.

Si al menos la piel hubiese sido lisa...

Pero los relieves eran característicos de su origen animal. Sí, era un defecto, lógico en los primeros intentos de conseguir un nuevo y más atractivo tipo de piel.

Caminó a buen paso hacia donde había dejado su automóvil. De pronto, al pasar junto a un espeso macizo de flores, oyó un siseo.

—Eh, oiga...

Frederick se detuvo en el acto. Volvió la cabeza.

—¿Quién me llama? —preguntó.

—Soy yo, Anita Coburn. Le vi antes en el despacho del ogro.

—¿El ogro?

—Sí, yo le llamo así. Oiga, usted me parece de confianza. Quiero pedirle un favor.

—Si está en mis manos...

—Acérquese y simule contemplar las flores. Obre con naturalidad, hombre —pidió ella con acento casi irritado.

Frederick obedeció. A través de los ramajes divisó el rostro de Anita. Ella le entregó un papel doblado.

—Ponga este telegrama, por favor —pidió—. No tengo dinero encima, pero ya se lo pagaré.

—Pero...

—¿Es que tiene miedo?

—No es eso, señorita...

—El papel no está metido en un sobre. Por tanto, usted puede leerlo perfectamente.

—Lo que yo quería preguntarle es por qué no envía usted misma este telegrama. Desde aquí, simplemente con un golpe de teléfono a la oficina de Telégrafos...

—¿Cree que no lo haría si pudiera? —respondió Anita indignadamente—. ¿Por qué cree que recorro a usted? Es decir, si se siente lo suficientemente galante como para ayudar a una dama en apuros.

Frederick sonrió.

Una frase un tanto rimbombante —contestó—. ¿Es exacta?

—Exactísima. Hablando claro: quiero largarme de aquí.

—¿La tienen secuestrada?

—Algo parecido. No quiero seguir aquí por más tiempo, eso es todo.

—Bueno, en ese caso, ¿por qué no recurre a las autoridades de Washakee?

—¡Qué hombre! —se encolerizó la bella Anita—. Le digo casi lo mismo que lo referente al telegrama. Aquí no puedo confiar en nadie, salvo en usted... y aun así estoy corriendo un riesgo. Pero ya no quiero ni puedo esperar más. ¿Enviará un telegrama?

—Se lo prometo —sonrió Frederick.

—Gracias, gracias —dijo la joven vehementemente.

—Oiga, ¿qué clase de riesgo está corriendo usted? —preguntó Frederick.

—Ahora no tengo tiempo de más explicaciones —respondió ella. Y se escabulló rápidamente entre los arbustos.

Frederick permaneció pensativo unos momentos en el mismo sitio. Luego, como obedeciendo a un oscuro instinto, volvió la cabeza.

Dirigió la vista hacia el edificio donde Ellad tenía instalado su despacho. Le pareció que había un hombre tras el cristal de uno de los ventanales, pero no hubiera podido asegurarlo.

De todas formas, se dijo, no tenía nada de extraño que vigilaran todos sus pasos. Y él, a su vez, tendría que mostrarse más vigilante que nunca.

A la noche, esperaba, aclararía algunas cosas más, cuando se entrevistara con Prudence Dillman.

Cuando detuvo el coche frente al hotel, Perry Stanford, comisario de Washakee se acercó a él y tendió la mano.

—Deme el mensaje —pidió secamente. Frederick le miró de hito en hito.

—¿Con qué derecho...? —empezó a preguntar.

Stanford no le dejó seguir.

—Maldito curioso —silabeó en voz baja—. Quiero terminar con ciertas cosas que está haciendo y que no nos gustan a los habitantes de la ciudad. ¡El mensaje, pronto!

—Las noticias vuelan en esta comarca, ¿eh? —dijo Frederick sarcásticamente—. Bien, aquí lo tiene, comisario.

Metió la mano en el bolsillo y sacó el papel que le había entregado Anita. Stanford lo rompió en mil pedazos, sin mirarlo siquiera.

—Pero esto no es todo —gruñó.

Levantó la mano derecha y chasqueó los dedos. Endimion apareció en la puerta del hotel, portador de la maleta del joven.

—¿Qué significa esto? —preguntó Frederick, asombrado.

—Sencillamente, que su estancia en Washakee ha terminado —contestó el comisario agriamente—. Sube atrás, Endimion —ordenó —; yo iré en el asiento delantero.

—Sí, señor —dijo el gigante, sonriendo estúpidamente.

Abrió la tapa del portaequipajes, lanzó la maleta en su interior y luego cerró de un manotazo que hizo crujir todas las estructuras del vehículo, Frederick apretó los labios, pero no dijo nada.

Stanford se sentó a su lado. Endimion lo hizo detrás.

—Arranque —ordenó el primero.

Frederick dio media vuelta a la llave de contacto. Luego preguntó:

—Stanford, usted es solamente comisario o alguacil local, ¿verdad?

—En efecto. ¿Por qué lo dice?

—Washakee no es cabecera de condado —siguió el joven.

—No, pero eso no importa. Ahora le vamos a llevar hasta Orlando, que sí es capital de condado.

—¿Y cómo volverán?

—Alquilaremos un taxi, no se preocupe.

—¡Ah! —murmuró Frederick.

Pero, de pronto, vio a su derecha un rótulo en la fachada de una tienda y desvió el coche, frenando en el acto.

—¿A dónde va? —Gruñó Stanford.

—Espere unos minutos. Vuelvo enseguida.

Frederick se apeó del vehículo y entró en la tienda de artículos deportivos. Tras unos segundos de indecisión, Stanford saltó del auto y le siguió, pero quedándose en la entrada.

El joven hizo unas cuantas compras. Luego, con los paquetes en los brazos, volvió al coche y los depositó en el portaequipajes.

—Ya estoy listo —dijo con brillante sonrisa.

—Muy bien, salgamos de una maldita vez —rezongó el comisario.

Frederick arrancó a marcha lenta. Empezó a pensar que, dadas las circunstancias, era hora ya de quitarse la máscara, al menos en parte.

—Comisario —dijo:

—¡Uh! —Gruñó Stanford.

—¿Conoció usted a un tipo llamado Freddie Mullinois? Ya se lo cité en una ocasión...

—No sé de qué me habla, Frederick.

—Freddie Mullinois vino aquí hace cuatro meses. Tengo vehementes sospechas de que fue asesinado y su cadáver hecho desaparecer de modo que no queda el menor rastro. Usted está impidiendo deliberadamente que se investigue ese crimen.

—Los crímenes en Washakee son más bien escasos. Cuando se comete uno, se investiga hasta el final. Y aquí nadie ha visto a ese sujeto que usted dice llamarse Mullinois.

—Se llamaba, Stanford, se llamaba —puntualizó el joven. De pronto, se apartó a un lado de la carretera y paró el coche.

—¿Por qué se detiene? —Gruñó Stanford.

—Muy sencillo, comisario. Hemos salido ya de los límites de la ciudad. Aquí, en este sitio, usted no tiene autoridad alguna.

—¿Que no...?

Imperturbable, Frederick continuó:

—Y como aquí su estrella ya no le sirve de nada y yo soy un ciudadano libre, me he comprado una tienda de campaña para

acampar y seguir adelante, hasta esclarecer por completo el asesinato de Freddie Mullinois, a cuyo autor está usted protegiendo y ocultando deliberadamente.

## CAPÍTULO VII

Después de aquellas palabras, se produjo un espacio de profundo silencio.

En el asiento posterior, Endimion lanzó un hosco bufido. Stanford se apeó bruscamente del coche.

—Salga —ordenó, a la vez que desenfundaba su pistola.

Frederick se apeó del vehículo. En aquel lugar, la vegetación de los bordes del camino era sumamente espesa.

Endimion se apeó también. Stanford movió el revólver.

—Camine —dijo.

Frederick miró aprensivamente al representante de la ley.

El lugar estaba solitario. ¿Iban a asesinarle? Una justificación para el crimen se encontraría fácilmente.

¡Podrían alegar tantas excusas! Y esta vez no habría nadie que viniese a investigar su muerte, como él lo estaba haciendo con la de su amigo.

—Vamos, camine —gruñó el comisario.

Frederick rompió la marcha. Sudaba copiosamente.

Stanford y Endimion caminaban tras él. ¿Oiría el disparo fatal que le rompería la nuca?, se preguntó.

Unos minutos después, a cosa de ciento cincuenta metros de la carretera, Stanford dijo:

—Párese. Dé la vuelta.

Frederick obedeció. El comisario se echó a un lado.

—Anda, Endimion, es tuyo.

El idiota sonrió anchamente.

Frederick comprendió la astucia de Stanford. Con el revólver le tendría a raya, mientras Endimion le golpeaba a placer.

Le golpearía hasta causarle la muerte. Luego se diría que Endimion lo había hecho por venganza.

Un jurado de pueblerinos lo absolvería en cinco minutos de

deliberaciones. A fin de cuentas, era un idiota y su intelecto estaba muy por bajo de lo normal.

Endimion disparó un puño que parecía un saco de patatas. Frederick se dejó caer hacia atrás, a la vez que se agarraba con todas sus fuerzas a la muñeca de su adversario.

El idiota se tambaleó, pero no cayó. Levantó el brazo y así izó a pulso a Frederick, quien se asombró de aquella enorme potencia muscular.

Endimion sacudió el brazo con todas sus fuerzas. Movi6 la mano izquierda y asestó una terrible bofetada a su adversario. Frederick creyó que le juntaban la mejilla derecha con la izquierda.

Los oídos le zumbaron terriblemente. Lágrimas de dolor brotaron de sus ojos. Stanford sonreía complacidamente. Disfrutaba con la pelea.

Endimion consiguió al fin soltarse del joven. Se preparó para atacarle de nuevo.

Alargó ambas manos para agarrarle por la cintura. Frederick obró en esta ocasión con velocidad relampagueante.

Dejó una mano libre de su adversario, pero se aferró a la otra. Agarró cuatro dedos, por parejas, y ejecutó un rapidísimo movimiento con ambas manos.

Se oyó un alarido de dolor cuando dos de los dedos afectados resultaron fracturados instantáneamente. Endimion bramaba como una fiera herida.

El dolor le enloqueció. Se arrojó hacia adelante con frenesí de venganza. En su mente primitiva sólo había una idea: matar a su adversario, fuera como fuera.

Pero Frederick había recuperado ya la iniciativa. Esquivó el ataque y se situó a espaldas del gigante. Elevó ambas manos y golpeó simultáneamente con los filos a los lados del cuello.

Endimion se agarró la cabeza, rugiendo de dolor, Frederick elevó el pie derecho y proyectó al gigante hacia adelante, haciéndolo estrellarse contra un árbol.

A pesar de todo, Endimion no caía. Se revolvió, sangrando por la cara. Frederick decidió asestar su último golpe.

Saltó hacia arriba y adelante. En el aire, movió las piernas en tijereta. Su pie derecho alcanzó la mandíbula del idiota.

Se oyó un seco chasquido. Endimion cayó como un saco de

patatas.

Acto seguido, se volvió hacia Stanford, cuyos ojos expresaban la estupefacción que sentía. El comisario parecía haber olvidado la pistola que tenía en la mano.

Frederick permaneció ante él, encorvado, con las manos ligeramente separadas del cuerpo.

—Vamos, tire si se atreve —le desafió con un violento apostrofe. Stanford se lamió los labios. Frederick hervía de ira.

Se acercó al comisario y le arrebató el revólver. Luego disparó su puño derecho. Stanford cayó de espaldas. Sin embargo, no perdió el conocimiento.

Frederick vació el tambor del revólver y lanzó las balas a la maleza. Luego dejó caer el arma sobre el regazo del aturdido representante de la ley.

—Voy a decirle algunas cosas, comisario —habló en tono firme—. Primero, está encubriendo a un asesino, sea quien sea. Segundo, la víctima era un gran amigo mío y haré que su muerte sea castigada. Y tercero, no pienso irme de Washakee, por mucho que usted se empeñe.

Stanford se puso torpemente en pie.

—Ah, olvidaba una cosa —añadió Frederick—. Tengo buena memoria, así que ahora mismo voy a enviar el telegrama cuyo original rompió usted hace unos momentos.

Cuando abandonó aquel lugar, Endimion continuaba todavía sin sentido y el comisario no había recobrado el habla.

Frederick caminó con paso firme.

Ahora sabía una cosa con seguridad: el criminal se sentía inseguro. Temía ser descubierto.

Pero al mismo tiempo se daba cuenta de que, en aquella partida, las cartas habían sido puestas boca arriba. Sólo faltaba por ver quién era el que había recibido una mejor mano.

Ése sería el ganador de la puesta en juego: la vida.

El telegrama de Anita Coburn iba dirigido a un tal Prescott Hayden, de Dallas, Texas, y en él le pedía que viniera a buscarla. Frederick se preguntó quién podía ser aquel Hayden.

Si correspondía al telegrama, pronto llegaría a Washakee. Entonces lo vería y trataría de averiguar, no sólo sus intenciones, sino la clase de lazos que le unían a la joven. Para Frederick,

cualquier detalle era bueno y aprovechable para llegar al final de sus investigaciones.

Entretanto, tenía que ir a ver a Prudence Dillman. La hermosa joven le había hecho la señal convenida.

Se preguntó qué querría Pru de él. Pronto lo sabría... si podía salir del hotel.

Había un tipo en la acera de enfrente, apoyado en la pared de una casa, muy entretenido, al parecer, en sacar astillas de un trozo de madera con una navaja de respetable aspecto. A Frederick no se le engañaba tan fácilmente; el tipo aquel era un espía.

Decidió comprobarlo. Se puso la chaqueta y abandonó su cuarto. Salió a la calle y se dirigió a una ferretería, en donde hizo una pequeña compra. El dueño le miró bien extrañado, pero le atendió sin más explicaciones.

Luego buscó un supermercado. De cuando en cuando, se volvía. Entonces, el espía se detenía y simulaba contemplar algún escaparate. Frederick sonreía.

Media hora más tarde, estaba en su habitación. Todavía faltaban dos horas al menos para que anoheciera.

Estuvo trabajando al menos por espacio de treinta minutos. Al terminar, contempló su obra satisfecho.

Miró por la ventana. El espía continuaba en el mismo sitio.

Frederick corrió las cortinas, pero dejando un espacio de diez centímetros en el centro. Luego agarró el artefacto que había construido y que no era sino un tirador de tamaño superior a lo normal y con gomas asimismo sumamente reforzadas.

En el bolsillo tenía una buena cantidad de guisantes secos. Puso uno en el tirador, distendió las gomas cuanto pudo y luego abrió los dedos.

El guisante partió como una bala y se deshizo con seco golpe en la pared, junto al hombro del espía, quien se sobresaltó enormemente al oír el ruido del impacto.

—Tendré que mejorar mi puntería —sonrió Frederick.

Preparó otro guisante. Esta vez, el proyectil fue a dar en el muslo del espía, que pegó un salto de sorpresa. Su mano frotó con fuerza el punto de impacto. Un tercer guisante le alcanzó precisamente en la mano con que se estaba frotando y su respingo fue de tal calibre, que Frederick no pudo por menos de soltar el

trapo de la risa.

El cuarto proyectil fue el definitivo. Alcanzó la mejilla del sujeto y éste, acobardado y desmoralizado, emprendió una huida carente de dignidad. Frederick continuaba riendo.

Pero no era cosa de risa, se dijo a poco. El problema estribaba en salir luego del hotel sin ser visto, porque tenía la seguridad de que, a la noche, continuarían vigilando sus pasos.

Y aparte de que ello no le convenía, tampoco quería poner a Pru en apuros.

Una hermosa muchacha, se dijo. Pero le había defraudado al fingir una personalidad que no era la suya. Era fácil saber los motivos.

Harriet Mullinois poseía una inmensa fortuna. Ello explicaba sobradamente la suplantación adoptada por Pru.

Y conociendo su profesión, era lógico pensar que no le había resultado difícil «construirse» en la piel del brazo la mancha de familia de los Mullinois.

La ciudad dormía.

Situado en un lado de su ventana, Frederick observaba la calle. Al otro lado había un vigilante. Espiaban sus movimientos.

El tiroteo con los guisantes no había sido un *divertimiento*. El había advertido a sus enemigos de que sabía que era vigilado, pero ellos continuaban insistiendo.

El espía fumaba. De cuando en cuando, aspiraba el humo y la brasa de su cigarrillo iluminaba su cara con rojizos resplandores.

Frederick consultó la hora. Iban a dar las once. Su coche estaba detenido ante el hotel. Imposible usarlo sin que se enterase el espía.

La luz de su cuarto estaba apagada. El espía debía de creer que estaba durmiendo. Frederick pensó que ya era hora de actuar.

Tendría que ir a pie a *Farm*

*Ellad's*

. No le quedaba otro remedio.

Aquella tarde, hábilmente, sin despertar sospechas, se había enterado de cuáles eran las habitaciones posteriores que estaban desocupadas. Frederick pensaba utilizar una de ellas como vía de escape.

Abrió la puerta. El pasillo estaba desierto.

Salió pisando de puntillas. El cuarto número nueve era su objetivo. La ventana daba directamente a la parte trasera del edificio.

Entró en la habitación. Cuando estaba cerrando, oyó pasos por la escalera que conducía al piso.

Quedóse junto a la puerta, observando. El rumor de los pasos se atenuó casi por completo. Miró a través de una rendija y pudo ver a un individuo que se detenía junto a la puerta de su habitación.

El hombre llevaba en las manos un objeto largo y cilíndrico, del que sobresalía una especie de cordón negro. Frederick se estremeció al darse cuenta de lo que era.

—No desdeñan procedimiento —murmuró.

El hombre sacó un encendedor y se dispuso a prender fuego a la mecha. Frederick tras un corto titubeo, se dijo que los huéspedes del hotel tenían derecho a un sueño tranquilo.

## CAPÍTULO VIII

La llama del encendedor se acercó a la mecha. Entonces, el hombre se encontró con que, de repente, el cartucho de dinamita le había desaparecido de la mano.

Se revolvió velozmente. Un duro puño le golpeó en el estómago. Ello le hizo abrir la boca instintivamente.

Entonces, Frederick, actuando como un relámpago, le encajó el cartucho en la boca abierta de par en par. Los ojos del sujeto, uno de los indios semínolas de *Farm*

*Ellad's*

, se desorbitaron, mientras forcejeaba por sacarse el mortífero cilindro.

Frederick le golpeó ahora con el puño en la sien. El semínola se derrumbó fulminado.

—Debiera encender la mecha —masculló rabiosamente.

Agarró al desvanecido semínola por el cuello de su blusa de piel de ante y lo condujo a otra habitación desierta, atándolo rápidamente con tiras hechas de sábanas, y amordazándolo a renglón seguido. Guardó la dinamita, podía resultarle útil.

Minutos más tarde, se descolgaba por la ventana de la habitación número nueve. Apenas tocó el suelo, echó a correr.

Trotó incansablemente. Hacía calor y pronto estuvo empapado de sudor. Pero no por ello cesó en sus esfuerzos.

Hora y media después, se detenía en las proximidades de la valla que enmarcaba la granja de caimanes. Se dejó caer fuera del camino, sobre la hierba, y durante unos minutos se tomó un descanso más que merecido.

Un cuarto de hora más tarde, se sintió en condiciones de iniciar el asalto. Sacó la cuerda con el gancho y se acercó cautelosamente a la valla.

En aquel momento, no había ningún centinela a la vista. Lanzó

el gancho y empezó a trepar.

Poco después, se hallaba al otro lado. Caminó cautelosamente suponiendo, con lógica, que Prudence Dillman le esperaría en el mismo sitio de la otra vez.

Poco a poco, se fue acercando a su objetivo. De pronto, oyó voces.

—Cuidado —dijo alguien—. El detective debe de estar acercándose.

Frederick se agazapó tras unos arbustos. Indudablemente, habían encontrado ya al semínola atado, descubriendo su fuga a renglón seguido.

La ausencia de explosión habría llamado la atención del vigilante, quien habría terminado por subir a investigar. El resto, sabiendo que había teléfonos, era fácil de averiguar.

—Si lo veis, disparad en el acto, sin más requisitos —dijo la misma voz.

Era Ellad, no cabía duda. Frederick se preguntó qué relación podría existir entre el hombre y Richard Toyter, el secuestrador de Bett y Mullinois. ¿Eran... ambos la misma persona?

Oyó pasos en las inmediaciones. Dos semínolas pasaron trotando a pocos metros de distancia. Frederick continuó en el mismo sitio, hasta que el ruido hubo cesado totalmente.

Por un momento, pensó en enfrentarse con Ellad, pero desistió de la idea. No podría hacerlo hasta que no hubiese adquirido pruebas irrefutables de la muerte de su amigo.

Reanudó su marcha, buscando los lugares más oscuros. Poco después, se detenía en las inmediaciones del Sector A.

Aguardó un buen rato, estremeciéndose cada vez que oía las mandíbulas de los saurios. Pru no daba señales de aparecer.

Frederick empezó a preocuparse. ¿Habrían averiguado que la muchacha estaba en contacto con él?

De pronto, se le ocurrió una idea.

Abandonó aquel lugar y se dirigió a los laboratorios. Se felicitó por haberlo hecho. Había una ventana con luz.

Llegó junto a la ventana y miró por un lado. Pru estaba trabajando.

Tocó en los cristales. Pru levantó la cabeza y le vio. Hizo con la mano una señal. Frederick comprendió que le decía que esperase

unos momentos.

Se pegó a la pared. Cinco minutos después, se apagó la luz. Silenciosamente, Pru abrió la ventana un poco y dijo:

—Vaya a la puerta trasera.

—Está bien.

Momentos después, estaban reunidos. Frederick creyó observar una expresión de ansiedad en la cara de la muchacha.

—Ha tardado mucho —dijo Pru nerviosamente.

—Lo siento. Me fue imposible llegar antes. He tenido que venir a pie.

—¿Por qué? ¿Y su automóvil?

Frederick le explicó las causas de su retraso. Ella, al enterarse, movió la cabeza con preocupación.

—Ellad se siente cada vez más acosado —dijo.

—Lo que significa que es el autor de la muerte de mi amigo Freddie Mullinois.

—Sí, —admito Pru sin rebozos.

—Su hermano, según usted.

—Mi hermano —confirmó ella—. Vino a rescatarme... y murió.

—Bueno, y ahora, ¿por qué no se viene conmigo? Puesto que dice ser la hija de Harriet...

—Lo soy —exclamó Pru con vehemencia—. ¿Acaso lo duda usted? ¿Es que no vio la marca de la familia?

—No se enfade —sonrió Frederick—. Tengo que pasar por su palabra. Pero no soy yo quien tiene que afirmar o negar que sea usted Betty Mullinois, sino su madre.

—Ella me reconocerá en el acto —aseguró ella con suficiencia.

—Mejor para usted, por supuesto.

Frederick no quería decirle todavía que sabía que ella era una impostora. Comprendía que una mujer podía sentirse alucinada por el señuelo de una fortuna valorada en una decena larga de millones de dólares.

Además, era muy bonita. Frederick pensó en su desilusión cuando le dijera la verdad.

—Le hice la señal para que viniera —dijo Pru, interrumpiendo sus reflexiones.

—Por eso estoy aquí. ¿Qué pasa?

De repente, se oyó un ruido en las inmediaciones. Rápido como

el pensamiento, Frederick atrajo a la joven hacia sí y la oprimió contra su cuerpo, procurando quedar sumidos en la oscuridad.

Una pareja de semínolas armados pasaron a menos de diez metros, sin verles. Frederick sintió contra su pecho la cálida palpitación de los senos de la joven y percibió el perfume de su cabello.

La reacción fue lógica. Apenas si tuvo que bajar un poco la cabeza para pegar sus labios a los de Pru.

Ella respingó en el primer instante. Luego trató de separarse. Finalmente, y casi sin transición, se rindió y enlazó el cuello del joven con sus brazos.

Al cabo de unos segundos, se separó y dijo:

—Me gustaría poder hacer ruido.

—¿Para qué? —sonrió Frederick.

—La bofetada que le daría, se escucharía en Washakee, tipo fresco —dijo ella indignadamente.

—¿Tan mal le ha sabido? Usted es muy hermosa...

—Dejemos eso a un lado, Allen. He sabido una cosa terrible.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

—Una de mis compañeras. Francine Sery. Ha desaparecido. Estoy segura de que ha sido asesinada.

Frederick arrugó el entrecejo.

—¿En qué se basa para afirmar una cosa semejante?

—Ellad ha dicho que ha cumplido su contrato y que se ha marchado. No es cierto.

—Pero, bueno, usted debe de tener algún motivo para asegurarlo —dijo Frederick.

—Sí. El reloj de pulsera de Francine. Lo llevaba Sonia. Frederick se quedó perplejo.

—Estará confundida, Pru —dijo.

—No. Es un reloj de una forma inconfundible. Francine no se lo quitaba para nada. Era impermeable, ¿comprende?

—Pero ¿es que Sonia no tiene su propio reloj? ¿Por qué iba a llevar el de otra persona?

—Era un reloj que valía miles de dólares. Platino y diamantes, y pulsera también de platino. Además, lleva sus iniciales grabadas en la contratapa.

—Eso no cuela, Pru —dijo Frederick. Ella respingó.

—¿Es que no me cree?

—Una chica que está aquí para ganarse la vida, por muy buen sueldo que cobre, no tiene un reloj que vale miles de dólares.

—Se lo regaló un... un admirador hace tiempo —explicó Pru—. Naturalmente que ella no se podría comprar una joya semejante. Ni yo tampoco, claro. Pero si alguien se la regala a una...

—¿La admitiría usted si se la regalasen? Pru se sofocó.

—¡Allen! —exclamó, indignada.

—No se enfade. Sólo fue una pregunta —sonrió Frederick—. Bueno, yo opino que marcharse de aquí no es cosa excesivamente difícil. Ahora, dígame, ¿por qué no lo ha hecho usted?

—¿Con la vigilancia que Ellad mantiene continuamente en torno a la granja?

—Yo he entrado y salido más de una vez —indicó él.

—Sí, pero usted está acostumbrado a los ejercicios fuertes y yo no —alegó Pru—. Además, quiero vengar la muerte de mi hermano.

—Y la de Francine Sery. ¿Era francesa?

—Sí.

—¿Sabe qué ha sido de su cuerpo?

—No tengo la menor idea, Allen. Pero el reloj está ahora en poder de Sonia.

—Lo cual significa que Sonia es cómplice de Ellad.

—Y algo más —dijo Pru intencionadamente. Frederick hizo un gesto de asentimiento.

—Tengo entendido que los seminolas son muy leales a Ellad —manifestó.

—Obedecen ciegamente sus órdenes —contestó ella.

—Todos, menos uno —le recordó él.

—Me costó un buen puñado de dólares —respondió Pru significativamente.

—Ya —murmuró Frederick—. ¿Qué me dice del comisario Stanford?

—Ellad lo tiene en su nómina. Hace lo que él le manda.

Frederick reflexionó unos momentos. Empezaba a comprender parte de lo que sucedía en la granja.

En el fondo, había algo más que un simple negocio de curtido y fabricación de objetos de piel de cocodrilo. Estaba como fondo de todo lo que ocurría allí la fortuna de Harriet Mullinois.

Veinticinco años antes, Richard Twoster se había apoderado de la hija de Harriet.

¿Trataba ahora, bajo la apariencia de Morbihan Ellad, de conseguir la fortuna de Harriet?

—Tengo que irme —dijo—. ¿Cuándo podré verla de nuevo?

—Venga mañana —propuso ella—. Ponga como pretexto un súbito interés de su empresa por las pieles de cocodrilo blancas. Haga que le enseñen los laboratorios con más detenimiento. Yo buscaré la forma de quedarme a solas unos momentos con usted.

—Bien, lo intentaré. Quizá me retrase un poco, incluso hasta pasado mañana. No se alarme, pues, si tardo.

—De acuerdo.

Pru le tendió la mano. El se quedó inmóvil.

—¿Sólo la mano? —dijo en tono quejumbroso.

—Tipo fresco —repitió ella con una sonrisa—. Conténtese con la mano... no se tome el brazo y algo más.

—Lo de antes fue obligado por las circunstancias.

—Ya, no me diga —se burló ella.

—Juraría que no le disgustó del todo, Pru.

—Si sigue así, me pondré colorada. Váyase, Allen.

Le empujó con ambas manos. Pero de pronto, estiró un poco y rozó con sus labios los del joven.

Frederick quiso apresarla por la cintura, pero ella, ágil y desenvuelta, se escurrió de sus brazos y desapareció en la oscuridad. Una ligera sonrisa se dibujó en los labios del joven.

Si descontaba la impostura de que ella quería hacerle objeto, podía decirse que era una buena chica. Por el momento, sin embargo, no quería desilusionarla; ya llegaría el momento de hacerle saber la verdad.

Mientras tanto, uno de sus problemas más acuciantes era hallar las pruebas de la muerte de Freddie Mullinois. Pero sin el cuerpo de la víctima, ¿cómo conseguirlo?

Eran ya las cuatro de la madrugada cuando llegó al hotel. Regresó por el mismo camino y se dirigió hacia su habitación.

Abrió la puerta y dio un paso en su interior. Demasiado tarde percibió un repugnante olor a sudor humano.

Trató de maldecirse a sí mismo por su descuido, pero no tuvo tiempo.

Algo le golpeó en la nuca con fuerza. Sintió un violento estallido en su cráneo y en el acto se produjo la pérdida de conocimiento.

## CAPÍTULO IX

El desmayo no duró demasiado, sin embargo. Frederick volvió a la consciencia, sintiendo fuertes oleadas de dolor en la parte afectada. Pronto empezó a notar alivio y pudo abrir los ojos.

Apenas vio nada. Estaba en un sitio completamente oscuro. Quiso moverse, pero notó que estaba atado de pies y manos. Unas manos sudorosas pusieron una mordaza en torno a su boca.

—Listo —dijo alguien con voz espurreante.

Era Endimion, pensó Frederick. El gigante idiota no había perdonado sus derrotas.

¿Quién más había con él?

—Bueno, cárgalo y llévalo a dónde sabes —comentó el otro.

Era Stanford. A toda costa, pensó Frederick, debía desaparecer.

Se había convertido en un personaje incómodo para Ellad. Y teniendo en cuenta que Stanford obedecía ciegamente a Ellad, las deducciones surgían por sí solas.

No intentó moverse. Le convenía fingir que continuaba sin sentido. A pesar de sus dos dedos rotos, Endimion se lo cargó al hombro con gran facilidad y se dirigió hacia la salida.

—Allí, en el pantano, no lo encontrarán jamás —dijo con babeante risotada.

Frederick sintió que la frente se le cubría de un sudor frío. ¿Había muerto su amigo de la misma manera?

Momentos después, notó el aire más fresco de la calle. Todavía faltaba bastante tiempo para amanecer.

Endimion arrojó su cuerpo al asiento posterior de un coche, como si fuera un saco de patatas. Stanford gruñó:

—No te entretengas. Procura volver lo antes posible, Endimion.

—Está bien, jefe.

El coche arrancó a los pocos momentos. Entonces, Frederick empezó a trabajar para desatarse.

Tenía las manos atadas a la espalda. Éste era el mayor inconveniente. En otro caso, se habría soltado con mucha mayor facilidad.

Encogió el cuerpo cuanto pudo. Trabajar con el movimiento del coche no resultaba cosa fácil.

Procuró moverse, hasta quedar con la cara apoyada en el suelo del vehículo, encogido el cuerpo hasta el máximo. Lenta y tenazmente, se contorsionó hasta que pudo pasar los pies por entre las manos.

El esfuerzo le costó torrentes de sudor. Al terminar, se volvió y agitó los antebrazos con rápidas y seguidas contracciones.

Una navaja descendió lentamente hasta su muñeca derecha. Frederick la agarró con los dientes. Usando éstos y las yemas de los dedos, consiguió abrirla.

El resto fue ya obra de tenacidad. Al fin, quedó libre de sus ligaduras. De pronto, notó un olor fétido.

Al mismo tiempo, advirtió fuertes bamboleos en el coche. Se habían salido de la carretera y rodaban por un camino secundario, en una zona por completo selvática.

Frederick continuó en la misma postura. Prefería esperar hasta el último momento. El automóvil se detuvo de pronto. Se oyó un gruñido animal.

Frederick se preparó para la acción. Oyó que Endimion descendía del auto y que abría una de las portezuelas traseras. Cuando se inclinó hacia adelante, Frederick distendió ambos pies a la vez y se los estrelló en la cara.

Se oyó un rugido animal. Cegado por el dolor, Endimion retrocedió dos o tres pasos. Frederick se tiró fuera del coche.

El gigante había dejado los focos encendidos, a fin de ver mejor. Rehecho de la sorpresa, cargó contra el joven.

Frederick eludió el ataque y dio un salto lateral, buscando colocarse a espaldas de su adversario. El idiota se revolvió con sorprendente velocidad y estiró el brazo buscando asestar un golpe mortal a su contrincante.

Casi al mismo tiempo, disparó el otro brazo. El segundo golpe alcanzó a Frederick de lleno y lo tiró de espaldas sobre una hierba empapada en agua.

Un rugido inhumano brotó de la garganta del gigante. Endimion,

con la cara llena de sangre, se abalanzó sobre su adversario.

Frederick lo vio venir y replegó ambas piernas, distendiéndolas en el momento oportuno, bajo el estómago de su rival. La potencia de sus extremidades, unida al propio impulso de Endimion, hizo que éste volteara larga y aparatosamente por encima de su cabeza.

Se oyó un alarido aterrador, una fracción de segundo antes de que sonara un tétrico chapoteo. Frederick se volvió, quedando a gatas, apoyado sobre las manos y las rodillas.

La luz de los faros, aunque de manera lateral, alumbró la escena. La cabeza y los hombros de Endimion aparecieron un instante, tétricamente cubiertos de fango semilíquido y de hierbajos podridos.

Un gorgoteo inhumano brotó de labios del idiota. Estiró sus manos, se agarró a un arbusto de la orilla, pero su peso excesivo lo rompió y volvió a hundirse.

Frederick reaccionó. El gigante le miró con ojos de súplica.

—Ayúdame —gimió.

El joven corrió hacia el auto. Las cuerdas que le habían atado...

Cortadas, ningún trozo alcanzaba a más de cincuenta centímetros. Febrilmente, empezó a empalmarlos por medio de nudos.

Espantosos gritos de terror brotaban de labios de Endimion. El cual notaba que se hundía cada vez más y más en aquel fango inconsistente, que no parecía tener fondo. Frederick consiguió hacer un trozo de cuerda de un par de metros y regresó corriendo a la orilla.

Los gritos habían cesado. Ya no había el menor rastro del gigante.

Una gran burbuja afloró lentamente a la superficie y explotó con sordo estallido. Dos o tres burbujas más se deshicieron con tétricos sonidos. Luego, la superficie del pantano recobró su aspecto habitual.

La cuerda cayó al suelo. Frederick inspiró profundamente.

El pantano guardaría su presa para siempre. ¿Estaba haciendo compañía Endimion a su amigo Freddie?

Lentamente, regresó al auto. Maniobró para virar y emprendió el camino de vuelta.

Sentíase mortalmente cansado y, al mismo tiempo, lleno de una

terrible cólera contra el autor de aquellas muertes.

Porque para él, Ellad era el culpable de todo. A Endimion lo había matado él, lo mismo que al que le había dejado la serpiente en su dormitorio y al semínola que había caído al estanque de los caimanes. Pero aquellos tres hombres podían estar vivos ahora, si Ellad no hubiera sido un hombre sin escrúpulos.

Un redomado y sanguinario asesino, era el calificativo que mejor le cuadraba.

Desde la ventana de su habitación, Frederick divisó al comisario.

Stanford se hallaba en la acera de enfrente, con un cigarrillo apagado pendiente de sus labios. Frederick lo notó, a pesar de su aspecto de indiferencia, nervioso y desasosegado. El continuo golpeteo de la puntera de su bota derecha contra la acera era resultaba un síntoma inequívoco.

Stanford vigilaba su automóvil, parado ante la fachada del hotel. Frederick calculó que el comisario debía de estar inquieto por la tardanza de Endimion.

El joven había dormido muy pocas horas. Se había acostado al filo del amanecer y todavía faltaba bastante para mediodía. Terminó de arreglarse y bajó a la calle.

El cigarrillo se desprendió de los labios de Stanford y cayó al suelo. Frederick fingió no haberse percatado de la inmensa sorpresa del comisario y se sentó tras el volante. Segundos después, ponía el motor en marcha y arrancaba raudamente.

Frederick lanzó un rápido vistazo por el retrovisor lateral. Sonrió satisfecho. Stanford se precipitaba hacia la cantina de Flynn. Seguro que iba a telefonar a la granja pensó.

Cuando llegó ante la puerta de *Farm*

*Ellad's*

, dijo al guardián que quería ver a Sonia. El semínola llamó por teléfono y abrió la puerta, después de recibir el asentimiento de la interesada.

Frederick encontró a Sonia al pie del edificio de las oficinas. La joven le recibió con hechicera sonrisa.

—Me sorprende su visita —dijo, al tenderle la mano.

—¿Por qué? *Farm*

*Ellad's*

es un lugar muy interesante y no sólo por su industria —contestó él intencionadamente.

—No sea malo —le reprochó ella en tono suave—. Si ha dicho eso por mí, piense que yo soy lo menos atractivo de la granja. Bien, ¿puedo saber qué le ocurre ahora?

—Mi empresa me ha pedido algunos datos suplementarios antes de enviar la comisión de compras. Creo que usted podría ayudarme a conseguirlo —mintió Frederick.

—Muy bien, adelante. Dígame y le complaceré, amigo Allen.

—Se trata de ver nuevamente su exposición de pieles, así como el laboratorio y demás.

¿Es difícil? Sonia sonrió.

—En absoluto. Venga conmigo.

Durante un rato, Frederick estuvo examinando de nuevo los objetos elaborados como muestra. Luego pidió ver otra vez el cuarto de las pieles blancas.

Sonia pareció sobresaltarse.

—¿Para qué? —preguntó.

—Bueno, la Shakery se siente muy interesada en objetos de piel de cocodrilo blanca. Comprenda, es algo nuevo y si consiguiera adelantarse a las demás competidores habría ganado una partida muy importante.

—Me lo figuro. Sin embargo, hay muy poca cosa todavía en existencia.

—No importa. Me piden que puntualice más en mi informe. ¿Vamos?

Ella parecía obrar a desgana. Frederick lo advirtió, pero simuló no haberse dado cuenta de nada. Para desviar su atención de la joven, cogió de repente su muñeca.

—Un reloj muy bonito —elogió. Sonia se puso colorada.

—No marcha bien —dijo.

—Pero es precioso.

Ella hizo un gesto de desdén.

—La maquinaria es un trasto. ¿Vamos?

Frederick siguió a la joven, dándose cuenta de estaba cada vez más violenta. Entraron en el cuarto y fingió examinar las pieles con gran atención.

Al cabo de unos momentos, reparó en un aparato que estaba

sobre un banco de trabajo, cubierto por una lona. Antes de que Sonia pudiese detenerlo, levantó la lona.

—¿Qué es esto? —preguntó.

Parecía una prensa de imprimir o de encuadernar, de tipo anticuado. Frederick se fijó en la cara de la joven y vio reflejada en ella una viva contrariedad.

—No tiene importancia —respondió Sonia—. Es un troquel.

—¿Un troquel? —repitió él, extrañado.

—Sí, ¿no lo sabe? Sirve para marcar en las pieles dibujos semejantes a los de la piel de un caimán auténtica. Pero no lo usamos, ya.

—Lo han usado —dijo Frederick.

—Al principio, cuando comprábamos pieles de otros animales: ternera y cordero, principalmente. Hacíamos imitaciones de piel de cocodrilo. Ahora ya son artículos auténticamente originales.

—Claro —sonrió él—. ¿Cree que tendrán éxito las pieles blancas?

—Estamos seguros de ello. ¿Algo más, Allen?

—Por mi parte, eso es todo. Sonia, creo anticiparles que la Shakery les hará un pedido muy importante.

—Le quedaremos muy reconocidos —contestó Sonia fríamente.

Salieron del cuarto y luego al exterior. Frederick se dio cuenta de que su visita no había sido del agrado de Sonia.

—No hace falta que se moleste en acompañarme —dijo él—. Conozco el camino. Hasta la vista, Sonia.

Ella hizo un esfuerzo y sonrió:

—Adiós, Allen.

## CAPÍTULO X

Una voz femenina pronunció su nombre desde el otro lado de unos arbustos y Frederick se detuvo en el acto.

—¿Anita? —preguntó a media voz.

—Yo misma. ¿Envío el telegrama?

—Sí. ¿Quién es Hayden?

—Mi prometido. Quiero que venga a sacarme de aquí.

—¿Cree que vendrá?

La joven soltó una risita.

—Vendrá y arrasará con todo, si no le dejan que me vaya con él —contestó.

—Debe de ser un hombre muy valiente —opinó Frederick.

—Lo es. Yo no me enamoraría nunca de un cobarde.

Frederick dio un paso lateral y se metió casi dentro del arbusto.

—¿Eh? ¿Qué hace? —preguntó ella.

—Espere. Quiero verla mejor. Las ramas son muy espesas.

—Bueno, ¿está ya?

—Sí. Anita, ¿cuántos años tiene usted? —preguntó él de sopetón.

—¡Indiscreto!

—No se lo repetiré a nadie —aseguró Frederick.

—Está bien. Acabo de cumplir los veintisiete.

—¿Ha vivido siempre en esta granja?

—¿La granja? Oh, no, sólo llevo cuatro años. Antes residía en Dallas.

—¿Sola?

—Con mi padre.

—¿Cómo se llamaba?

—¿Cómo se iba a llamar? ¡Coburn, por supuesto!

—¿Está segura?

—Oiga, ¿trata de decirme que mi padre no era mi padre? Eso es

un insulto y no estoy dispuesta a tolerar que...

—Tenga paciencia —dijo él—. Su prometido vive en Dallas.

—Sí, claro, ya se lo dije... y usted leyó el telegrama.

—Bueno, bueno. Anita, ¿dígame, qué fue de su padre?

—Murió hace cuatro años.

Una nota de tristeza veló la voz de la joven. Anita hizo una pausa y añadió:

—Lo quería mucho, señor Frederick.

—Me lo imagino. ¿Cómo vino a parar aquí?

—Ellad era muy amigo de él. Me ofreció su casa... y acepté.

—¿Ha estado siempre aquí desde entonces?

—Oh, no; algunas veces iba a Dallas. Dejé muy buenas amistades allí.

—Entre las cuales figura Prescott Hayden.

—Lo conocí hace un año. Nos enamoramos y prometimos casarnos. Pero ya no he podido verlo de nuevo.

—Porque Ellad la tiene secuestrada.

—Sí, es cierto.

—Y a las demás chicas, también.

—También, señor Frederick.

—Una de ellas, sin embargo, ha conseguido marcharse.

—No es cierto. Francine ha sido asesinada.

—¿Cómo la mataron?

—¿Cómo se mata aquí a la gente? Los caimanes hacen desaparecer los cadáveres y ya no se encuentran más. La chica que entra en *Farm*

*Ellad's*

se queda para toda la vida.

—¿Y no han intervenido nunca las autoridades?

—Una vez intentó hacerlo Stanford, el comisario de Washakee —respondió Anita—. Vino aquí... y se volvió a marchar. Ya no ha vuelto a molestar más a ese monstruo que es Morbihan Ellad.

—¿Qué le trajo a la granja?

—Se había denunciado la desaparición de una chica llamada Galina Danilova, descendientes de rusos blancos. Stanford informó a la familia que Galina se había marchado, una vez terminado su contrato, y que no había dejado señas.

Frederick reflexionó unos momentos. ¿Se encontraba en

presencia de un nuevo Barba Azul?

En todo caso, Barba Azul tenía un colaborador: Sonia Webtree. Pero resultaba ridículo retener allí a las muchachas sólo por contar con maniqués esbeltas y agraciadas. Algo había en el fondo de aquel oscuro asunto que todavía no había surgido a la luz.

—Usted dijo antes que Ellad le ofreció su casa. ¿Por qué no se marcha ahora?

—¿Cree que no lo haría, si pudiera? ¿Para qué están la valla y los semínolas armados?

—¿Era Ellad muy amigo de su padre?

—Muchísimo. Casi parecían hermanos —contestó Anita.

—Está bien —dijo él—. Una última pregunta, Anita. ¿Podrá ver luego a Prudence Dillman?

—Por supuesto.

—Dígale que acuda esta noche a la valla, al sitio de costumbre. Ella debe acudir, no lo olvide. Insista en este detalle. Es muy importante ¿comprende?

—Sí, pero... ¿qué pasará después?

—No se preocupe. Anita, creo que pronto podrá estar libre.

—Muy bien. Se lo agradeceré toda la vida. Ahora, por favor, váyase, Allen.

—De acuerdo. Adiós, Anita.

Frederick salió del matorral y continuó su camino, sumamente preocupado, porque no había visto a Pru. ¿Se habría sentido indispuesta?

Salió sin la menor dificultad y subió a su coche. Arrancó y pocos minutos más tarde, se paraba frente al hotel.

Cuando se apeó, vio al comisario sentado en la baranda. El hecho no le sorprendió en absoluto.

—Estaba esperándole, Frederick —dijo Stanford.

—Ya veo. El joven se sentó frente al sudoroso representante de la ley. —Los negocios me retrasaron, ¿sabe?

—Ya, ya —murmuró Stanford sarcásticamente—. ¿Cuándo se va a dar cuenta de que lleva demasiados días en Washakee?

—¿Cuándo se va a dar cuenta usted de que pienso estar aquí todo el tiempo que se me antoje?

Los dos hombres se desafiaron con la mirada.

—¿No ha observado una ausencia, Frederick —preguntó

Stanford de repente?

—¿Conozco yo a esa persona ausente?

—Sí. Usted y él se pelearon en alguna ocasión. Frederick chasqueó los dedos.

—Endimion —dijo.

—El mismo —corroboró Stanford.

—¿Qué le ocurre, comisario?

—Ha desaparecido.

—Se habrá perdido. Era deficiente mental, ¿verdad?

—Sí, aunque no tanto como para no conocer bien los pantanos.

El joven fingió asombro.

—¿Trata de decirme que se ha ahogado?

—Muy posiblemente. El rumor popular le acusa a usted de haberle conducido con engaños hasta un pantano y haberlo arrojado luego al fango movedizo.

Frederick no se inmutó siquiera.

—Tengo un amigo en Washington —mintió—. Es un alto cargo del F.B.I. El rumor público dice que va a enviar una bandada de investigadores a la ciudad. Se han presentado varias denuncias de hermosas jóvenes desaparecidas, sin que nadie sepa qué ha sido de ellas.

La cara de Stanford se puso gris. Frederick sonrió interiormente.

Especulaba con la ignorancia del comisario. Éste le había tomado por un investigador, fuera de la clase que fuera, particular o del gobierno. Naturalmente, ello implicaba que su llegada a Washakee no se había producido sin que alguien de fuera de la ciudad lo supiera.

Naturalmente, Frederick no iba a sacarle de su error, Stanford había estado encubriendo los crímenes de Ellad, sin pensar en que un día podía venir alguien a destapar el pastel.

—Los rumores —siguió el joven—, hablan también de un hombre de estrella que tiene la mala costumbre de atacar a los huéspedes de cierto hotel, ayudado por un cómplice. Mala cosa son las habladurías, Stanford —sonrió Frederick—; en su lugar, yo procuraría cortarlas con la mayor rapidez posible.

—¿Cómo? —preguntó Stanford. Frederick se puso en pie.

—Eso es cosa suya —respondió—. Pero me han dicho que ese huésped atacado llevaba una navajita oculta en una de las mangas

de su traje y que gracias a ella pudo cortar las ligaduras que le sujetaban. Lo llevaban a un pantano, pero el que debía hacerlo, se asustó tanto que perdió pie y fue él mismo quién se cayó al barro. Una lástima, ¿verdad?

Stanford estaba lívido. Sin hacer ya más caso de él. Frederick se levantó y entró en el hotel.

El recepcionista llamó su atención:

—Señor Frederick —anunció—. Ha llegado un telegrama para usted.

—Muchas gracias —contestó el joven.

Tomó el sobre y lo rasgó. Luego sacó de su interior el despacho y lo leyó atentamente. Una débil sonrisa se formó en sus labios. Algunas de las cosas que estaban oscuras empezaban a aclararse.

La tarde estaba bochornosa.

Nubes sombrías cruzaban el cielo. De cuando en cuando se veía un relámpago, que iluminaba el ambiente, pero sin hacer ruido. No obstante, a veces se oía radar un trueno sordo, largo, de efectos semejanzas a decenas de carros rodando por un camino pavimentado con sujetas planchas de hierro.

Frederick tenía sed. Entró en la cantina de Flynn y se acercó al mostrador.

—¿Cerveza? —sugirió el tabernero.

—Es lo apropiado, ¿no? —contestó Frederick con una sonrisa. Estaba muy fría y sabrosa. Frederick bebió un par de tragos con verdadero placer.

Luego miró al tabernero.

—Observo una ausencia, Dorty —dijo.

—¿A quién se refiere usted, señor Frederick?

—Endimion, el gigante idiota. Flynn se encogió de hombros.

—No es un cliente de mi agrado —dijo.

—Si no hace gasto, no es cliente, ¿verdad? Y estoy seguro de que Endimion le hacía muy poco gasto.

—Según como quiera calificar las cosas. Consume, pero no paga. ¿Qué se puede decir en tal caso?

—Un gorrón —sonrió Frederick—. ¿Por qué no le para usted los pies?

—No soy amigo de conflictos —contestó Flynn, haciendo una mueca—. Le aseguro que en Washakee nos quedaríamos mucho más

anchos si él no estuviera aquí.

—Parece ser que es un tipo poco simpático.

—Nada, en absoluto. El único que se entiende con él es el comisario.

—¿Stanford?

—Sí. Le tolera muchas cosas. No sé por qué, la verdad.

Frederick sí lo sabía. Endimion había ayudado a Stanford en muchas de sus trapacerías. Ya no lo haría más, se dijo.

Flynn torció el gesto.

—No me hable de él, por favor —contestó.

Una sonrisa se dibujó en los labios del joven. La situación se despejaba todavía más.

—Dorty, ¿usted puede decirme si se ven caras extrañas en Washakee con alguna frecuencia? Digamos una vez al mes, aproximadamente. Flynn arqueó las cejas.

—¿A qué se refiere usted? —preguntó.

—Pues... individuos que vienen a la ciudad, preguntan por *Farm Ellad's*

y desaparecen misteriosamente. Quiero decir que no son como yo, que ya llevo algunos días o los turistas y compradores, que se dejan ver y actúan con entera naturalidad. Me refiero a tipos que... vamos, que parece como si no quisiera que se sepa que han estado aquí.

El tabernero se concentró unos momentos.

—Ahora que recuerdo... —murmuró—. Sí, algunas veces llegan tipos como esos que usted dice. Y siempre llevan un pequeño maletín en la mano izquierda. Nunca lo sueltan, ¿sabe? Una vez me fijé en uno de ellos y lo llevaba esposado a la muñeca izquierda. ¿Cree usted que eso es natural, señor Frederick?

—No, en absoluto —sonrió el joven, sumamente satisfecho de la respuesta—. No tiene nada de natural, amigo Dorty.

## CAPÍTULO XI

Era ya de noche cerrada. Frederick, moviéndose cautelosamente, llegó a la valla y se detuvo unos instantes a escuchar.

No se oía el menor ruido. Las luces de los edificios estaban apagadas.

Sonaron pasos en las inmediaciones. Frederick se tiró al suelo, aplastándose contra las hierbas.

Una pareja de semínolas rifle en mano, pasaron a corta distancia. Caminaban serios, ceñudos, escrutando el terreno palmo a palmo.

Frederick esperó unos minutos hasta que los guardianes se hubieron alejado. Luego se puso en pie y trató de forzar las tinieblas con la vista.

No se percibía el menor rastro de Prudence Dillman. Frederick empezó a sentir una vaga alarma.

¿Le habría sucedido algo a la muchacha?

Trataba de ser una impostora, pero Frederick se sentía muy atraído hacia ella. Si le había ocurrido algo...

De repente, oyó pasos precipitados. Una voz susurró su nombre a cincuenta metros de distancia.

—Allen, Allen...

—Aquí, Pru.

La joven corrió hacia él.

—No soy Pru, Allen —manifestó Anita sorprendentemente.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Frederick con avidez.

—No lo sé. No he podido verla en todo el día. Frederick apretó los labios.

Empezó a temer lo peor. Anita dijo:

—He recorrido la valla, llamándole de cuando en cuando... pero los vigilantes no paran... ¡Ahí creo que vienen! ¡Escóndase!

Anita desapareció. Frederick se tiró de nuevo al suelo.

Los semínolas desfilaron a pocos metros de distancia. Uno de ellos dijo:

—Si ese tal Frederick viene, se va a llevar un buen chasco.

—Sí, el jefe lo está esperando —contestó el otro.

Los vigilantes se alejaron. De nuevo volvió el silencio. Anita se hizo visible por segunda vez.

—¿Ha oído, Allen? —preguntó angustiadamente.

—Sí —respondió él con ceñudo acento—. Pero todavía hay tipos que no conocen de lo que es capaz el hijo de la señora Frederick. Espere un momento, Anita.

Una vez más, Frederick empleó su cuerda para pasar al otro lado de la valla. Inmediatamente, agarró el brazo de la joven y tiró de ella.

—Alejémonos de aquí —propuso.

Había bastante luna y ello permitía ver con facilidad. Corrieron medio centenar de metros y se detuvieron bajo un frondoso sauce.

—Anita, supongamos que Pru ha muerto —dijo él, una vez se hubieron detenido—. ¿Dónde puede hallarse su cuerpo?

Ella se mordió los labios un instante.

—En alguna de las habitaciones del cuerpo principal —contestó—. Yo creo que lanzarán su cadáver a los cocodrilos más tarde, cerca de la madrugada, cuando duerma todo el mundo.

—¿Podría usted guiarme?

—Por supuesto. Venga.

Ahora era Anita quien tiraba de la mano del joven. No tardaron en llegar al edificio principal.

—Ellad y Sonia viven aquí —dijo ella en voz baja. Y puntualizó—: En una habitación del piso superior.

—¿Podría conducirme a su despacho? Yo no lo recuerdo muy bien...

—Sí.

Anita abrió la puerta con decisión y encendió la luz de la escalera. Lentamente, sin hacer el menor ruido, subieron al primer piso y entraron en el despacho de Ellad. Frederick cerró la puerta y encendió las luces. Anita, sin necesidad de que se lo dijeran, corrió las cortinas.

Durante unos segundos, Frederick paseó la vista por la estancia. Había una caja fuerte empotrada en la pared, a la vista, de un

modelo bastante anticuado, pero el joven la desdeñó.

Buscaba un escondite menos conspicuo. Si sus suposiciones resultaban demasiado ciertas, Ellad guardaba algo sumamente interesante en algún lugar difícil de descubrir.

La estantería repleta de libros llamó su atención. También se fijó en la pantalla de piel de cocodrilo.

—Revise los libros, por favor, Anita —pidió.

—Pero... ¿no habíamos venido a buscar el cuerpo de Pru? —se extrañó ella.

—Haga lo que le he dicho —insistió Frederick.

Anita se encogió de hombros y empezó a sacar libros y volverlos después a su estante. Mientras, Frederick se acercó a la pantalla y examinó la piel con gran atención.

Aquella tenue marca le hizo estremecerse. ¿Era un defecto de la piel o se trataba de la marca auténtica que él había visto en más de una ocasión?

El pie de la lámpara era de metal, grande y pesado. Frederick la tomó con la mano izquierda, mientras que con la derecha trataba de desenroscarlo.

Fue una labor inútil. La lámpara no era ningún escondite. De pronto, oyó una exclamación:

—¡Eh, Allen! Venga —le llamó Anita.

Frederick acudió en el acto. Anita le señaló una hilera de libros.

—No ceden —dijo.

El joven trató de sacar uno de los tomos. Pronto se dio cuenta de que no eran sino libros ornamentales.

—Aquí hay gato encerrado —dijo Anita.

Frederick asintió. Se dispuso a hacer fuerza nuevamente y, en aquel instante, oyeron el picaporte de la puerta.

El joven tiró de Anita y la llevó tras la mesa, donde se agazaparon ambos en el momento en que se abría la puerta y una cabeza humana asomaba al interior.

—¿Señor Ellad?

Era uno de los semínolas de vigilancia. De alguna forma, la luz del despacho había trascendido al interior y el hombre lo había notado.

—Señor Ellad —insistió, dando un par de pasos dentro de la estancia. De pronto, se quedó quieto.

Frederick lo notó en el acto. Miró a la joven.

Su vista resbaló por el cuerpo de Anita. Instantáneamente, se puso rígido.

Uno de los pies de Anita, calzado con zapato de tacón alto, asomaba fuera de la mesa. Frederick adquirió la seguridad de que el semínola había visto aquel pie.

Se oyó un paso al otro lado de la mesa. Frederick miró a la joven y le hizo señas de que permaneciera en el mismo sitio.

Acto seguido, se arrastró en sentido contrario, dando la vuelta a la esquina de la mesa, grande, maciza. En el mismo instante, oyó la voz del semínola:

—¡No se mueva o disparo!

Frederick se irguió en aquel momento.

—Tire el rifle —ordenó.

El indio se volvió, enormemente sorprendido. Vio la pistola con silenciador en manos de Frederick y vaciló.

Anita le arrebató el arma antes de que pudiera reaccionar.

—Bravo —elogió Frederick con una sonrisa.

Se acercó al indio, cuyos ojos le miraban con fiereza. De repente, movió la mano derecha y golpeó la nuca del vigilante con el cañón de la pistola.

El semínola se derrumbó como una masa inerte. Frederick enfundó el arma.

—Ahora nos dejará tranquilos un buen rato —dijo.

Regresó a la biblioteca. Agarró con dos manos el bloque de libros y tiró con fuerza.

Se oyó un seco chasquido. Todo el estante giró silenciosamente a un lado, dejando ver una especie de recámara de pequeñas dimensiones, al otro lado de las cuales había una puerta.

Pero la atención de Frederick estaba centrada en la parte interior del estante, que era lisa en apariencia. Sin embargo, una vez se observaba con atención, se veía en el largo panel de madera algunas subdivisiones a modo de puertecitas de otros tantos estantes. Frederick sacó su navaja y forzó la cerradura del primer estante. No había nada.

El hueco, de unos treinta centímetros de ancho, por veinte de altura y diez de profundidad, estaba completamente vacío.

En el cuarto, encontró varias bolsitas de terciopelo, cerradas por

cordones. Desató una y vertió parte de su contenido en la palma de la mano de Anita.

La joven se quedó sin aliento al observar los fulgores que despedían aquellos objetos que parecían cristales a primera vista.

—¡Dios mío! ¿Qué es esto? —preguntó.

—¿Es que no lo adivina? —sonrió Frederick—. Diamantes, Anita, diamantes que valen una millonada.

—Me mareo —dijo la joven débilmente—. ¿Cuánto pueden valer, Allen?

Frederick se encogió de hombros y empezó a devolver los diamantes a su sitio.

—Cualquiera lo sabe —respondió—. Yo no soy perito en la materia, pero cualquier cifra que fije usted me parecerá bien, por muy exagerada que sea. Uno, dos millones... ¿quién puede afirmarlo?

Ató la bolsita y la lanzó de nuevo a su escondite.

—¿Va a dejarla aquí? —preguntó ella, atónita.

—Hemos venido a buscar a Pru —le recordó Frederick.

—Es cierto. Suponiendo que viva —dijo Anita intencionadamente. Frederick se puso rígido.

—Si ha muerto...

Se calló de repente. Alguien golpeaba repetidas veces a muy pocos pasos de distancia. Eran unos golpes hechos con cierto ritmo. La mano de Anita se crispó en torno al brazo de Frederick.

Éste le hizo señas de que callara. Los golpes sonaban en la puertecita interna de la recámara.

—Parece morse —observó Anita. Frederick asintió.

—Tres puntos... tres rayas... tres puntos... ¡S.O.S.! —exclamó—. ¡Alguien pide socorro!

Frederick tanteó la cerradura. Era muy sólida y comprendió que no podría forzarla sólo con la navajita.

Pero tenía una llave infalible. Sin embargo, para no causar daños a la prisionera, usó los nudillos de la mano derecha para enviar un mensaje:

—Apártese de la puerta...

Esperó unos segundos. Luego sacó la pistola y disparó dos veces contra la cerradura.

Los tiros apenas hicieron mido, merced al silenciador. Frederick

empujó la puerta, cedió fácilmente.

Al otro lado sólo había oscuridad. Encendió la luz y entonces vieron a Pru, tendida en el suelo, amordazada y atada de pies y manos.

## CAPÍTULO XII

Frederick fue más práctico. Se imaginó el astado en que se hallaría la joven y se volvió a medias hacia Anita.

—En el despacho debe de haber alguna botella. Traiga una copa, Anita.

—Ella obedeció en el acto. Mientras, Frederick se ocupaba en desatar a la prisionera.

A Prudence Dillman pudo por fin sentarse en el suelo. Se frotó las muñecas y miró al joven con expresión de agradecimiento.

—¿Qué debo decirle ahora, Allen? —preguntó sonriendo.

—Nada. Me basta con haberla encontrado sana y salva, Pru.

—Te creíamos ya repartida en el estómago de unos cuantos caimanes —dijo Anita, tendiéndole una copa llena de coñac.

—Ten compasión del mío —se estremeció Prudence. Tomó un par de sorbos y los colores volvieron a su cara—. Pero hubiera acabado como tú dices, Anita.

—¿Por qué la encerró aquí precisamente? —preguntó Frederick.

—Pensaban matarme a la madrugada. A esa hora, duermo todo el mundo, menos los vigilantes, claro —respondió la joven—. Y muchos de los que trabajan en la granja son inocentes de los crímenes de ese asesino.

Pru hizo un esfuerzo y se puso en pie.

—Sonia me hizo venir con engaños al despacho —declaró—. Cuando me di cuenta, Ellad me apuntaba con una pistola. Luego me obligaron a beber un narcótico. Al despertar, me encontré atada y amordazada.

—Y utilizó el morse para llamar nuestra atención —dijo Frederick.

—Me arrastré por los suelos al oír sus voces al otro lado de la puerta —siguió—. No es que sepa morse por completo, pero hacer la señal de S.O.S. no es cosa del otro mundo.

—Para ti, de este mundo —rió Anita—. ¿Cómo sospecharon de ti?

—Me estaban vigilando. Quizá sólo sospechaban, pero decidieron eliminar riesgos.

—¡Allen, en esta granja se han cometido crímenes horribles! —exclamó Pru con gran vehemencia.

—Y otras cosas que entran también en el terreno de lo delictivo —dijo Frederick. Pru le miró con expectación.

—Contrabando de diamantes —aclaró Anita.

—¿Cómo? —se sorprendió la joven.

—Hemos encontrado seis bolsitas escondidas en un armario secreto —manifestó Frederick—. Al menos valen un par de millones, contando por lo bajo.

—Estoy atónita —contestó Pru—. Pero no entiendo...

—Yo tampoco lo veo muy claro, pero ya lo averiguaremos. Ahora —dijo Frederick—, lo importante es escapar de aquí.

—¿Cree que podremos? —preguntó la más joven de las dos ansiosamente. Frederick asintió.

—Sí. He venido preparado para ello —respondió.

—La valla es muy alta —objetó Anita. El joven sonrió.

—He traído un cartucho de dinamita —dijo—. La haremos saltar por los aires.

—Vaya, no olvida usted un detalle —respondió Anita. Luego, en tono quejumbroso, dijo—: Prescott me ha olvidado.

—Ya encontrará a otro hombre que la quiera —sonrió Frederick—. Usted es todavía joven y muy bonita.

—Sí, pero yo quería a Prescott...

—¡Vamos, no perdamos más tiempo!

Frederick se dirigió hacia la salida. Anita recogió el rifle del vigilante al pasar por la recámara.

De pronto, cuando ya estaban en el despacho, Frederick lanzó una exclamación:

—¡El indio ha escapado! Anita se espantó.

—Habrá ido a avisar a Ellad. ¡Corramos!

Se lanzaron hacia la puerta. En el mismo momento, Ellad, seguido de Sonia, aparecía por el fondo del corredor.

Frederick se volvió y disparó un tiro, obligando a la pareja a esconderse precipitadamente. Luego empujó a las chicas:

—¡Abajo, pronto!

Ellas no se hicieron de rogar. Se lanzaron escaleras abajo, seguidas por el joven, quien, antes de abandonar el corredor por completo, se volvió a tiempo para ver asomar la mano de Ellad, armada con un revólver.

Sonó un fuerte estampido. Frederick se agachó y la bala rebotó en la pared por encima de su cabeza. Disparó a su vez y Ellad lanzó un grito de angustia cuando el proyectil le arrancó el arma de la mano.

Frederick torció el gesto.

La detonación había sonado como un cañonazo. Si los demás vigilantes no habían sido aún alertados, lo serían a partir de aquel momento.

Pru y Anita estaban ya en la puerta. Afuera se oyó el trueno de un rifle.

—¡Nos atacan! —gritó Pru, aterrada.

Valientemente, Anita quiso hacer fuego con el rifle capturado al semínola y lo consiguió, pero el culatazo la derribó con los pies por alto. De no haberse hallado en tan crítica situación, Frederick se habría echado a reír.

Alcanzó de dos saltos el final de la escalera. Las dos chicas se habían guarnecido en el quicio de la puerta.

Frente a ellos, chasqueaban dos rifles. Frederick adivinó que pronto serían muchos más. Recogió el rifle caído en el suelo y esperó unos momentos. De pronto hizo fuego.

A cincuenta metros, se oyó un alarido desgarrador.

—¡Blanco! —gritó Anita, entusiasmada.

El otro semínola envió una andanada de balas hacia la puerta. Frederick esperó prudentemente.

Cuando el fuego de su enemigo amainó, tiró dos veces en dirección a los fogonazos. Una silueta humana rodó por la pendiente herbosa en dirección al río donde anidaban los saurios.

Sonó un espeluznante chillido. Las mandíbulas de los caimanes cortaron en seco los gritos del desdichado.

Sobrevino una pausa de silencio. Al otro lado del río, Frederick divisó varias siluetas que corrían buscando posiciones.

Frunció el ceño. La situación empeoraba por momentos.

—No podremos escapar —dijo Pru.

—¿De cuántos indios dispone Ellad? —preguntó él.

—Doce, quizá algunos más —respondió Anita.

—Pru, usted dijo que tenía un semínola amigo suyo.

—Bueno, me hacía favores, pero por dinero. No sabemos ahora de qué bando se pondrá, Allen.

—No deja de ser una contrariedad —murmuró Frederick—.

¿Alguna de ustedes sabe de un edificio sólido, aislado, donde podamos refugiarnos y resistir mejor que aquí? —preguntó.

—El almacén pequeño —indicó Anita.

—¿Está muy lejos?

—No. Sólo hay unos cien metros... Asómese con cuidado y mire hacia su derecha, Allen.

Frederick lo hizo así y consiguió ver un pequeño barracón de mampostería, completamente aislado del conjunto general. El edificio más próximo se hallaba a cincuenta o sesenta metros.

—Bien —dijo, inspirando con fuerza—, prepárense para correr como no han corrido en los días de su vida. Yo las protegeré con el fuego de mi rifle.

Las chicas no se hicieron de rogar. Frederick esperó unos instantes a que se hubiesen separado del edificio y entonces abrió el fuego, disparando el rifle a ritmo veloz, hasta agotar la carga del mismo.

Entonces, a su vez, abandonó la casa y corrió a toda velocidad, pero no hacia el almacén pequeño, sino en dirección al lugar donde habían caído los dos semínolas.

El sitio iba a ser largo, calculó, y necesitaba más armas. Recogió un rifle y entonces sintió que mía bala rozaba su brazo derecho.

Disparó la pistola, una vez. Alguien emitió un gruñido de dolor.

Ello le permitió recoger el otro rifle. Con las dos armas, corrió a reunirse con las muchachas.

Con gran sorpresa suya, se las encontró guarecidas en el quicio de la puerta.

—¿Qué hacen ahí? ¿Por qué no entran? —preguntó, asombrado.

—La puerta es de hierro y no podemos abrir —respondió Pru lastimeramente.

—Ha sido un error de cálculo por mi parte —reconoció Anita—. Pero las paredes son muy gruesas y...

Frederick tanteó la puerta. Una voz tronó furiosas órdenes desde

el edificio principal. Llamearon los rifles y las balas silbaron al azar.

El joven comprendió que ni siquiera a tiros podría violar la cerradura. Tal vez podría conseguirlo, a fuerza de muchas balas, pero no podía permitirse, el lujo de desperdiciar ni un solo proyectil.

—Esperen —dijo.

Dio la vuelta a la esquina. Una ventana, cuyo antepecho estaba situado a un metro sobre el suelo, le salió al paso.

La ventana estaba oculta por unas espesas cortinas. Frederick golpeó el cristal con el cañón de uno de los rifles.

El cristal resistió.

Frederick se quedó atónito.

—¿Vidrio blindado?, —se preguntó.

Cambió de posición el fusil y golpeó varias veces con todas sus fuerzas. El cristal saltó por fin.

Frederick metió una mano y buscó la falleba. De repente, notó un fétido olor que le hizo retroceder un par de pasos.

—¡Rayos! ¿Qué...?

Las dos chicas se le unieron en el acto. Habían oído el ruido de la ventana y supusieron libre la entrada.

Pero también percibieron el hedor que salía de la ventana. Era algo insufrible.

—¿Qué hay aquí adentro? —preguntó Frederick.

—Piel en proceso de curtición —respondió Anita—. Es decir, supongo... Una bala zumbó amenazadoramente cerca.

—Más vale oler mal que no oler nada —rezongó.

Frederick, resignándose a soportar aquel hedor. Levantó el bastidor, limpió de cristales el antepecho con el codo y dijo:

—¡Adentro!

Pru y Anita saltaron inmediatamente. El las siguió en el acto.

—Procuren abrir todas las ventanas —aconsejó—. De este modo, el almacén se ventilará más pronto. Pero no enciendan ninguna luz.

Colgado del techo, entrevió un bastidor de madera, en el que se estiraba una piel blanquecina. Pronto notó una consoladora corriente de aire que alivió un tanto la infecta atmósfera del local.

Llegó una bala y se estrelló contra la pared, junto a una de las ventanas. La voz de Ellad sonó amenazadora:

—¡Ríndanse! ¡Están rodeados y no podrán escapar!

## CAPÍTULO XIII

Una débil claridad empezó a insinuarse hacia el Este. Frederick se caía de sueño, pero procuró mantener los ojos abiertos.

Habían rechazado contundentemente todas las intimaciones de Ellad. Ninguno de los tres creía en sus falsas promesas.

Estaban seguros de que los mataría. Después de lo que habían descubierto, ya no podían salir con vida de aquel tétrico lugar.

Frederick creyó oír pasos cautelosos. Decidió jugar una de sus bazas fuertes.

Era la hora peor para unos sitiados, la mejor para los atacantes; los momentos que preceden al amanecer. Los cuerpos están fatigados y la mente se nubla por el sueño.

Frederick buscó un rincón y encendió un cigarrillo. Las chicas le contemplaron asombradas.

La brasa del cigarrillo sirvió para encender la mecha del cartucho de dinamita que había arrebatado al semínola. Esperó unos momentos y luego, acercándose a la ventana, lo arrojó hacia adelante con todas sus fuerzas.

Inmediatamente, se agachó. Se oyeron unos gritos de terror.

Luego brilló un vivísimo fogonazo. La detonación estremeció la atmósfera.

—Es usted un hombre terrible —dijo Anita, admirada.

Frederick asintió, mientras aspiraba con fuerza el humo del cigarrillo. Tras unos segundos de silencio, los semínolas enviaron una andanada de proyectiles hacia el almacén.

—¿No les contesta? —preguntó Pru.

—Me quedan solamente siete cartuchos para un rifle y cuatro para la pistola. El otro rifle está descargado —explicó él.

—Comprendo —murmuró la joven.

La luz del día aumentaba rápidamente. Frederick se fijó entonces en los bastidores con las pieles.

—Todas son blancas —dijo.

—Sí, las traían aquí para acabar el proceso de blanqueo —manifestó Pru.

—¿No había estado usted nunca en el almacén?

—No formaba parte de mi trabajo. Yo me limitaba a prepararlas y a observar luego los resultados.

—Ah...

De nuevo sonó la voz de Ellad.

—¡Frederick! ¡Quiero hablar con usted! ¡Le propongo un trato!

—No se moleste, Ellad. Usted está acabado y lo sabe —contestó el joven, prudentemente guarecido junto a una de las ventanas.

—No diga tonterías. Tengo más hombres armados...

—Sí, pero ¿cuántos hay que no son sus cómplices? ¿Cree que todos callarán sus crímenes?

Ellad no respondió.

—Ha dado en el blanco, Allen —dijo Anita riendo.

Frederick la miró. Anita estaba sentada en el suelo, junto a Pru, la cual, agotada, daba cabezadas de cuando en cuando. Anita vestía pantalones largos y una blusa sin mangas.

—Alguno avisará a la policía —manifestó la joven, elevando sus brazos para atusarse el pelo—. ¡Uf, debo de tener un aspecto horrible!

Frederick se quedó sin aliento. Sus suposiciones, muy vagas sin embargo, acababan de tener confirmación.

La señal de los Mullinois aparecía en el interior del brazo de Anita.

Y la edad... Pru tenía unos veinticuatro años. En cambio, Anita contaba la edad justa. Veintisiete años debía de tener ahora Betty Mullinois, de seguir con vida.

Y a Frederick no le cabía la menor duda de que Betty, la hermana de su amigo, estaba viva.

Ya era de día por completo. Frederick vio que había una docena de bastidores pendientes del techo, todos ellos con pieles atirantadas por medio de cordones.

Algunas pieles eran más blancas que otras. Las que eran blancas por completo eran muy escasas. Habría dos o tres, solamente.

Frederick captó un vago detalle, que no sabía identificar. Había algo raro en aquellas pieles. Era una extraña sensación, una especie

de campana de alarma que sonaba en medio de una espesa niebla, lo que impedía su localización exacta.

Pero no pudo seguir pensando. Una voz sonó en la ventana opuesta.

—¡Señor Frederick!

El joven corrió hacia aquella ventana.

—¿Quién es? ¿Qué quiere? —preguntó.

—Me han enviado a lanzarles un cartucho de dinamita. Soy Keno...

—¡Keno! —exclamó Pru, súbitamente despierta. Frederick se volvió hacia ella.

—¿Le conoce usted?

—Es el que le lanzó el mensaje a su habitación del hotel.

—Sigue siendo amigo —comentó Frederick—. Hable, Keno.

—Les traigo cartuchos para los rifles. Oiga, voy a tirar la dinamita. Arranque la mecha. Es todo lo que puedo hacer por ustedes.

—Bravo, Keno; lo tendremos en cuenta cuando salgamos de aquí.

—Lo van a pasar mal. Ellad ha avisado al comisario Stanford.

Frederick torció el gesto. A pesar de su venalidad, Stanford continuaba representando a la ley.

Un paquete atravesó la ventana y cayó al suelo. Era una caja de cartuchos de rifle.

—Cuidado —advirtió Keno—. ¡Ahí va la dinamita!

El explosivo surcó el aire. Frederick, actuando relampagueantemente, recogió el largo cilindro al vuelo y, de un tirón, arrancó la mecha humeante.

—Listo, Keno.

—Yo me marcho —anunció el semínola—. Dispáreme un par de tiros.

—¿No le echarán las culpas del fallo en la explosión?

—Yo no he preparado el cartucho —dijo Keno—. Adiós y buena suerte.

Frederick se asomó a la ventana. Vio a un hombre correr en zig-zag

y le disparó un par de tiros lo suficientemente cerca para no levantar sospechas. Keno ganó el laboratorio y desapareció de su

vista.

—Bravo muchacho —elogió.

Y acto seguido, procedió a recargar el otro rifle.

—¿Cuál de las dos lo quiere? —preguntó.

—Deme —pidió Pru resueltamente—. No tengo puntería, pero haré ruido.

Y para demostrar su aserto, disparó un par de tiros que fueron fragorosamente contestados desde el otro lado.

—Está bien —aprobó Frederick—, pero economice municiones. No sabemos cuánto podrá durar esto.

—Yo ya empiezo a tener sed —se quejó Anita.

—Paciencia —rogó el joven.

Luego se situó junto a una de las ventanas. Desde allí, podía divisar el Sector A, cuyo borde se hallaba a unos cuarenta metros. Algunos caimanes, indiferentes a las luchas de los humanos, tomaban apaciblemente el sol en la pequeña playa que contorneaba el gran estanque.

Pru habló de pronto:

—Me pregunto cómo sacarían de aquí los diamantes. Jamás supimos nada de eso.

¿Sabías tú algo, Anita?

—Ni idea —contestó la aludida.

—¿Qué me dice usted, Frederick? —inquirió Pru.

—Opino que la granja era un centro de distribución —respondió Frederick—. Estas cosas se hacen en diversas etapas, a fin de borrar rastros. Y, por ejemplo, las asas de su bolso de moda podían ocultar muy bien una docena de piedras... aparte de que hay mil medios de reexpedir la mercancía sin que nadie lo sepa, salvo el destinatario, naturalmente. ¿Qué me dicen de, por ejemplo, los tacones de zapatos y botas para señora?

Pru hizo un gesto de asentimiento. Luego dijo:

—Pero eso, ¿justifica sus crímenes?

—No —suspiró Frederick—, nada puede justificar el asesinato de una persona. Claro que el punto de vista de Ellad y de Sonia es muy diferente.

Una bala entró zumbando rabiosamente en el almacén y fue a estrellarse contra la pared opuesta.

—Me pregunto qué excusa dará Ellad a los que no están

complicados en el asunto —murmuró Frederick.

—Les habrá dicho que somos ladrones de pieles —opinó Anita.

—¡Caramba! ¡No había pensado en eso! —se alarmó el joven.

Y luego volvió la vista hacia las pieles que colgaban del techo en sus bastidores.

—Pero aquí hay muy pocas...

¿Qué detalle había llamado antes su atención y le había sido imposible puntualizarlo?

Se acercó a una de las pieles. Los dibujos indicaban netamente su procedencia. La tocó con dos dedos, observando su grosor, que más adelante, pensó, sería conveniente rebajado a fin de darle la flexibilidad necesaria para el uso a que iba a ser destinada.

La piel siguiente no tenía ningún dibujo. Era completamente lisa, mucho más blanca y de una finura excepcional.

Frederick se puso pálido.

La contextura de aquella piel le recordaba la de la pantalla del despacho de Ellad.

En una de las esquinas de la piel, muy cerca del borde, divisó un diminuto círculo oscuro, no negro por completo, pero de forma inconfundible.

Su palidez aumentó. Además, empezó a sentir náuseas. Pru le estaba mirando y observó sus reacciones.

—¿Qué le sucede, Allen? —exclamó, alarmada. Frederick se pasó una mano por la cara.

—Esta piel... —dijo, con voz vacilante.

Las dos mujeres se acercaron. Frederick, con mano temblorosa, señaló el círculo oscuro situado junto al borde inferior.

—Esa mancha... no es de origen animal... Fue... fue en tiempos... un lugar...

Pru exhaló un grito ahogado al comprender. La cabeza le dio vueltas y hubo de retroceder hasta apoyarse en la pared. Estaba a punto de desplomarse al suelo.

Anita se mordió los labios hasta hacerlos sangrar.

—Reconozco ese lunar —dijo al cabo. Frederick volvió la vista hacia ella.

—Hable —pidió.

—Francine Sery tenía un lunar análogo en el costado izquierdo, un poco hacia atrás y más abajo de la cintura. —Anita giró de

pronto en redondo—. ¡Es horrible, horrible! —exclamó, sufriendo fuertes estremecimientos.

Frederick inspiró con fuerza. Aquellas pruebas enviarían a Ellad a la silla eléctrica.

¿Cómo era posible semejante sadismo en un ser humano?, se preguntó. De repente, sonó un disparo en el patio.

—¡Frederick! —gritó Ellad.

El joven corrió hacia la ventana. Ellad se hallaba parapetado al otro lado del laboratorio.

—¿Qué quiere? —preguntó.

—El comisario Stanford ha llegado —dijo Ellad—. ¿Va a resistirse también a un representante de la ley?

Frederick dudó un momento. Las dos chicas le contemplaban ansiosamente. Pru y Anita aguardaron su decisión.

## CAPÍTULO XIV

Frederick habló con ellas brevemente. Luego gritó:

—El comisario puede venir, pero nadie más. Cualquiera que intente acercarse al almacén, será recibido a tiro limpio.

—Stanford les ordena tirar las armas —exigió Ellad.

—Olvídelo —contestó Frederick—. ¿Nos toma por tontos? Repito que no haremos nada al comisario, pero no soltaremos las armas.

Volvió el silencio. Frederick adquirió la convicción de que Ellad y Stanford deliberaban al otro lado del almacén. Conociendo al comisario, calculó que no le haría demasiada gracia acercarse a los sitiados.

Pero claudicó al fin.

—¡Frederick! ¡Soy Stanford! ¡No dispare; voy a hablar con ustedes!

—Venga tranquilamente, no le haremos ningún daño —aseguró el joven.

La rechoncha silueta del representante de la ley se hizo al fin visible. Avanzaba con las manos separadas del cuerpo, brillante su cara por el sudor y sus pasos eran irresolutos.

Cuando llegó cerca de la casa, Frederick dijo:

—La puerta está abierta, comisario.

Stanford se desvió un poco para alcanzar la puerta, que Frederick, con tiempo suficiente, había conseguido descerrajar. La empujó y cruzó el umbral.

Frederick estaba frente a la entrada, desarmado. Al observarlo, Stanford sacó su revólver.

—Está detenido —anunció con voz no demasiado segura—. Será mejor que no oponga resistencia.

Dos rifles se apoyaron súbitamente en su grasiento cuello.

—Deje caer el revólver al suelo —ordenó Pru.

—O le rebanamos el pescuezo a tiros —añadió Anita.

El revólver se estrelló contra el pavimento. A pesar de todo, Stanford intentó gallear.

—Su situación es mala, Frederick. Invasión de propiedad ajena, robo, homicidios... hay dos hombres muertos, ¿lo sabía usted?

—Legítima defensa —contestó el joven sin pestañear—. Pero su situación es todavía mucho peor, comisario. ¿Sabe que ha estado protegiendo a un asesino?

—No me diga —se burló Stanford, rehaciéndose—. ¿De verdad?

—Ellad nunca le habló del contrabando de diamantes que tenía su sede central en la granja, ¿verdad?

—¡Qué embustes está contando! —farfulló el comisario—. Ellad es una persona honradísima.

Los ojos de Frederick despidieron chispas.

—Honradísima —repitió con inmenso desprecio. De súbito agarró al comisario por un brazo y lo llevó a empujones hacia uno de los bastidores—: ¡Mire eso! ¡Es la piel de un ser humano, curtida como si fuese la de uno de esos caimanes de ahí afuera! ¿Se da cuenta ahora de quién es el hombre al que usted está protegiendo por encima de todo?

Stanford se puso a temblar convulsivamente. Parecía que los ojos se le iban a salir de las órbitas.

—No, no... —gimió.

Y de súbito, enloquecido por el pavor, se arrancó de las manos de Frederick y echó a correr, profiriendo gritos apenas inteligibles.

—¡Pielles humanas! ¡Pielles humanas! —chillaba frenéticamente.

Frederick corrió hacia una de las ventanas.

—¡Se ha vuelto loco! —dijo Pru.

—No me extrañaría en absoluto —contestó él ceñudamente—. Porque esto que sucede es para hacer perder la razón a...

Los alaridos de Stanford resonaban estridentemente. De súbito se oyó una detonación. Stanford corrió todavía unos pasos. Luego empezó a inclinarse y finalmente cayó de bruces. Se estremeció varias veces y luego su grueso corpachón se quedó quieto poco a poco.

—¡Ellad! —gritó Frederick.

—¿Qué quiere? —preguntó el asesino.

—¡Ahora es cuando ya no tiene salvación! ¡Ha matado al

comisario! Sonó una sarcástica carcajada.

—¿Quién? ¿Yo? Lo menos una docena de personas han visto que ese disparo salió del almacén donde están ustedes.

—¡Miserable! —dijo Pru, poseída por el furor.

Frederick torció el gesto. La situación no mejoraba en absoluto.

—¡Ellad! ¿Ha recogido ya los diamantes que enviaba en los bolsos y los zapatos? Se oyó una torva maldición.

—¡No sé de qué me está hablando!, Frederick.

—¿De veras? ¿Tampoco sabe nada de la piel de Francine Sery, asesinada por usted? Anita Coburn la ha identificado. ¿Qué excusa pondrá ante el juez que lo juzgue?

No hubo respuesta.

Frederick continuó:

—¿Está ahí Sonia?

La voz de la joven se dejó oír casi en el acto.

—¿Qué quiere usted, Allen? ¡Salgan, están perdidos! ¡Les perdonaremos la vida...!

—Sonia, ¿quiere usar con nuestras pieles el troquel que tiene en el laboratorio y que antiguamente se usaba para fabricar las imitaciones de piel de cocodrilo auténtico? ¿Fue con ese troquel con el que imprimieron los relieves de la piel de la pantalla del despacho?

¿Cree que no sé que perteneció a mi amigo Freddie Mullinois?

Pru dejó escapar un hondo gemido. Anita tenía la boca abierta de par en par.

—¡Dios mío! —murmuró—. ¿Es cierto eso? Frederick hizo un signo de asentimiento.

—Sí. Mi amigo tenía una marca en el brazo izquierdo. No consiguieron borrarla del todo. Pero para cualquiera que no lo supiera, esa marca parecería una impureza de la piel del caimán que no se había podido eliminar en el proceso de curtición.

Anita estaba palidísima.

—¡Ese hombre es un sádico! —exclamó.

—Puede que no ande usted tan descaminada como cree, porque esas cosas no son propias de una persona normal.

De nuevo se hizo una pausa de silencio. Pero fue muy corta, porque casi enseguida estalló una descarga cerrada.

Las balas llovían como espeso granizo y entraban en el almacén

a través de todas las ventanas. Los bastidores con las pieles se agitaban con frecuencia a causa de los impactos que recibían.

Valerosamente, Pru sacó su rifle para contestar al fuego adversario, pero una bala se lo arrebató de las manos, arrancándole un grito de dolor.

El arma cayó al suelo, inutilizada. Los ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas. Era el fin.

Frederick, en la ventana opuesta, derribó a dos semínolas que corrían furiosamente hacia la casa. Uno se quedó quieto en el acto; el otro, con una pierna lisiada, empezó a arrastrarse en busca de protección.

Pero el joven se dio cuenta de que Ellad había ordenado el asalto final. Apenas les quedaban unos minutos de vida.

Era lógico pensar que Ellad no tendría compasión de ellos. Luego se justificaría con la muerte del comisario, achacándoles a ellos la culpa.

Descargó el rifle. Media docena de semínolas avanzaron, disparando sus armas frenéticamente.

Frederick se acordó entonces del segundo cartucho de dinamita. No tardó en tener encendida la mecha.

El explosivo salió volando a través de la ventana. Los esbirros de Ellad, al verlo, dieron media vuelta y escaparon a la carrera.

Un cono invertido de humo y tierra se levantó casi en el acto, acompañado por una violentísima detonación. Cuando se disipó la humareda, Frederick, decepcionado, observó que los indios habían salido indemnes.

De nuevo tomaron a la carga. Frederick sacó su pistola.

Sólo disponía de cuatro cartuchos. Insuficiente para una resistencia eficaz.

Paso a paso, seguros de su triunfo, satisfechos al observar que no salía ningún disparo del almacén, los sicarios de Ellad empezaron a acercarse a su objetivo.

Sobre la pasarela del estanque grande, Ellad, con la sonrisa en los labios, observaba complacidamente el avance de sus acólitos.

Sonia ascendió lentamente por el puentecillo y se unió al hombre. También sonreía.

Uno de los semínolas preparó un cartucho de dinamita. Tranquilamente, prendió fuego a la mecha y se dispuso a arrojarlo.

—¡Cuidado! —advirtió Frederick—. Van a atacarnos con dinamita.

En aquel instante, en medio del casi absoluto silencio que reinaba en la granja, se oyó un salvaje alarido.

Era un grito penetrante, extraño, agudísimo. Frederick lo había oído alguna vez en ciertas películas.

El alarido se multiplicó. Sonaron algunos tiros. Ellad y Sonia se alarmaron.

—¿Qué pasa? —preguntó Anita.

—No lo sé —contestó Frederick—. Parece que viene gente...

—¡Allí los veo! —exclamó Pru—. No los conozco... ¡Y qué forma tan rara de vestir!

¡Parecen vaqueros disfrazados para una opereta!

Los alaridos sonaban ahora con gran fuerza. Eran chillidos de hombres que se lanzaban al ataque.

Frederick corrió hacia la ventana y divisó a siete u ocho hombres que avanzaban a la carrera, disparando ensordecedoramente sus revólveres. Todos ellos llevaban grandes sombreros de ala ancha y copa alta y, como había observado Pru, semejaban vaqueros de opereta.

Anita lanzó de repente un chillido.

—¡Es Prescott!

—¿Qué? ¿Su prometido?

—Sí... ¡Prescott, Prescott! ¡Aquí! ¡Soy Anita! —gritó la muchacha desaforadamente. Y añadió, con los ojos brillantes—. Sabía que no me abandonaría. ¡Es un chico estupendo! Los recién llegados oyeron las voces de Anita y oblicuaron un poco, dirigiéndose hacia el almacén, con gran alboroto de voces y de pistoletazos. Frederick corrió hacia la puerta. Salió afuera. Los semínolas, amedrentados por la llegada de unos refuerzos inesperados, emprendieron una retirada poco honrosa.

En el centro del puentecillo, Ellad se desgañitaba increpando a sus hombres. Algunos de éstos arrojaron las armas y empezaron a levantar los brazos en señal de rendición.

De repente, el indio que tenía el cartucho de dinamita, se dio cuenta de que aún no lo había lanzado. Paralizado por el asombro, había llegado a olvidarse del explosivo.

Lleno de miedo y sin duda, a fin de no empeorar su situación,

movió el brazo hacia atrás y lo lanzó hacia un punto donde calculó no podría causar daños. Frederick vio el gesto y adivinó lo que iba a suceder.

Ellad y Sonia observaron asimismo la trayectoria del cartucho. La joven lanzó un cuchillo de espanto.

—¡Tiéndete! —ordenó Ellad, uniendo la acción a la palabra.

Los dos criminales se tumbaron boca abajo, sobre el puente. El cartucho cayó, rodó un par de veces y explotó fragorosamente en el punto de unión de la pasarela con la tierra firme.

Se oyó un terrible crujido. Frederick detuvo su carrera.

Unas uñas se clavaron en la carne de su brazo, pero no lo notó siquiera. El puentecillo empezó a ceder.

Sonia se puso en pie, chillando de pánico. Ellad la imitó.

El asesino inició una precipitada huida. Sonia corría tras él.

En aquel momento, cuando ya casi estaban al alcance de su salvación, el cemento de la pasarela acabó de romperse en varios trozos. Ellad y Sonia cayeron al estanque donde pululaban los saurios.

Sonia emitió un alarido agudísimo al sentirse precipitada en el vacío. Se sumergió en las aguas y apareció casi en el acto, gritando horripilantemente.

Los caimanes se arremolinaron. Sonia desapareció entre un torbellino de mandíbulas que chasqueaban vorazmente. Ellad consiguió ganar la orilla a nado.

Salió fuera. Entonces, un espeluznante alarido se escapó de sus labios.

Horrorizado, Frederick observó que le faltaba una pierna. Ellad permaneció unos instantes con el medio cuerpo fuera del agua, agitando con violentísimas convulsiones el muñón sangrante.

Luego, otra bocaza le aferró por la pierna intacta. Casi con lentitud, Ellad acabó sumergiéndose de nuevo en el estanque.

Lo último que se vio de él fue una mano que se agitaba patéticamente. Después, sólo quedó el agua alborotada y teñida de rojo.

Pru no pudo resistirlo y se volvió de espaldas, ocultando la cabeza en su pecho. Sollozaba agudamente.

Frederick comprendió que la muchacha necesitaba desahogarse.

Anita tenía cogidas las manos de su prometido, un robusto

individuo de unos treinta años, de pelo claro y ojos ingenuos. Con aire de satisfacción, se lo presentó a sus amigos.

—Éste es Prescott Hayden —dijo—. Yo sabía que llegaría a salvarme.

—Me retrasé un poco —explicó el tejano—. Tuve que reunir unos cuantos amigos y, además, también traje algunos peones de mi rancho. No iba a consentir que mi prometida sufriese ningún daño.

—Pero yo no te pedí que trajeses refuerzos —alegó Anita.

—Entonces, ¿por qué pusiste aquel telegrama? —se extrañó Hayden. Anita se volvió hacia Frederick.

—Fue usted —dijo.

—Lo admito —reconoció el joven, sonriendo—. Era una forma de probar al señor Hayden. Si de veras la quería, como así se ha visto, traería consigo algunos hombres de refuerzo. Era la única forma de arrancarla de las garras de Ellad. Además, tenía informes privados de él y sabía que así lo haría.

—¿Cómo es posible eso? —se asombró Anita.

—Yo también tengo amigos en Dallas —contestó Frederick.

—Entiendo —murmuró Hayden. Se dirigió a la joven—. Anita, ya no necesitarás trabajar más. Tengo un montón de pozos petrolíferos y en Dallas vivirás como una reina.

—Antes tendrá que ver a su madre —dijo Frederick. Anita respingó.

—Yo no tengo madre. Murió cuando yo era muy pequeña —dijo.

—Su madre vive —afirmó él—. Y usted no se llama Anita Coburn, sino Betty Mullinois. Al hablar, miraba a Pru. La joven se puso colorada hasta la raíz de las cejas.

—Eso es absurdo —exclamó Anita—. Mi padre se llamaba Coburn...

—Su padre se llamaba Mullinois. Coburn era el nombre falso de Richard Twoster, quien la secuestró a usted cuando tenía dos años. Por lo visto, era muy amigo de Ellad y la encomendó a éste al morir. Twoster sentía tal odio hacia su madre, que no quiso que ella la volviera a ver jamás.

—Me siento anonadada —balbuceó la muchacha.

—Luego le contaré más cosas —dijo Frederick—. De momento, ha de saber que no es pobre. Harriet Mullinois posee una fortuna evaluada en diez o doce millones.

—Yo tengo más —protestó Hayden.

—Eso ya es cuenta de ustedes dos —sonrió el joven. Y en aquel momento, sonó un grito.

—¡Eh, aquí hay un tipo que está vivo todavía!

Frederick se volvió. Dos de los amigos de Hayden llevaban en brazos el cuerpo de Stanford.

—Hay que llamar a un médico —propuso Anita inmediatamente—. Si Stanford vive, podrá decir muchas cosas.

Un hombre se acercó en aquel momento. Vestía correctamente y se tocaba con un sombrero gris.

—Soy Kovalik, del departamento del Tesoro —se presentó—. ¿Alguno de ustedes se llama Frederick?

—Yo mismo —contestó el interpelado.

—Teníamos sospechas de que en *Farms*

*Ellad's*

se organizaba un contrabando de diamantes —manifestó Kovalik—. ¿Sabe usted algo al respecto, señor Frederick?

—Un poco —sonrió el joven—. Usted, al parecer, responde a cierto telegrama que yo puse al FBI solicitando información de Ellad.

—En efecto. Hacía años que andábamos tras él. Su nombre no era tal, sino mucho más vulgar: Francis Higgins. Un tipo astuto, que siempre se nos escurría de entre los dedos. ¿Dónde está?

Frederick movió la cabeza.

—Temo que sólo los caimanes del estanque grande puedan contestar a esa pregunta, señor Kovalik —dijo.

El agente del Tesoro se puso una mano en la boca.

—No diga esas cosas —refunfuñó. Frederick sonrió.

—Venga conmigo —dijo—. Se volvió hacia Pru. —Espérame.

—Sí, Allen —contestó Pru mansamente.

Los empleados de la granja se ocupaban en reparar los desperfectos. El jefe de policía de Orlando había destacado a varios agentes para practicar una investigación.

Stanford había sido conducido al hospital. Kovalik se había ido con él en la misma ambulancia, llevándose, de paso, los diamantes.

Frederick se reunió con Prudence Dillman. Ella bajó los ojos al verle.

—Lláname impostora —dijo, avergonzada—. Me lo merezco. Frederick le puso las manos sobre los hombros.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó.

—Escuché cierto día una conversación entre Ellad y Sonia —explicó ella—. Ellad había sido muy amigo de Coburn... bueno, de Twoster. Los dos comentaron el asunto. Sonia le propuso revelar el secreto a la señora Mullinois, pero Ellad se negó. Sabía que Anita era muy independiente y no habría accedido a convertirse en una chantajista de su propia madre. Yo creo —añadió la muchacha—, que Ellad poseía cierto espíritu morboso, que le hacía preferir este género de vida. Y, por otra parte, no se puede decir que no ganase dinero entre la granja y el contrabando de diamantes.

—Eso es cierto —suspiró Frederick—. ¿Qué más?

—Hablé varias veces con Freddie. El me contó lo que había venido a hacer. Entonces no le dije nada. Trataba de persuadirle poco a poco. Pero murió antes.

—Y entonces te hiciste ese tatuaje en el brazo.

—Sí —admitió ella con voz apenas audible—. Bueno, una no es perfecta y pensé que la fortuna de los Mullinois... Me siento muy avergonzada, Allen.

—Lo comprendo —sonrió él—. Ellad era un tipo sádico —agregó con voz sorda—. Mataba a las chicas que querían irse, hacía preparar sus pieles, como hizo con la del pobre Freddie.

—¡Por favor! —rogó Pru, con voz crispada—. No sigas, Allen.

Frederick hizo un gesto de asentimiento. Era una historia demasiado horrenda para ser contada en voz alta.

Pero la pesadilla había terminado ya. De pronto, Pru exclamó:

—Allen, ¿cómo supiste que yo no era la hermana de Freddie? El se echó a reír.

—Muy sencillo —contestó—. Si de veras lo hubieras sido, Freddie, en primer lugar, no te habría dejado aquí. Y, en segundo lugar, te habría dicho que todo el mundo, incluida su madre, le llamábamos Blackie. Y, por último, la auténtica Betty Mullinois cuenta veintisiete años y tú tienes tres o cuatro menos. ¿Lo entiendes ahora?

—De modo que dejaste que yo continuara con la superchería...

—¿A cuántos más se lo dijiste? —preguntó él.

—A nadie. Sólo a ti —respondió Pru.

Frederick pasó un brazo por encima de sus hombros.

—Entonces, no te preocupes de más —dijo—. Vamos a ver si entre los dos procuramos olvidar ese pequeño delito. Es decir, si te parece bien.

Pru le miró y sonrió.

—Si me ayudas...

—Tenemos muchos años por delante para olvidarlo —afirmó él, convencido de lo que decía.

Y muy juntos, estrechamente enlazados, caminaron hacia la salida del infierno. Buscaban el paraíso.

FIN





6.000  
NOVELAS DEL OESTE,  
MILLONES DE LECTORES  
DE LENGUA HISPANA,  
MÚLTIPLES TRADUCCIONES  
Y VARIAS ADAPTACIONES  
CINEMATOGRAFICAS...



son claro exponente del éxito  
sin precedentes alcanzado por  
las colecciones populares de

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**  
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

**PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS.**



